EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# LA LEVITA

COMEDIA EN TRES ACTOS, PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

CUARTA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
*(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)*
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1894

LA LEVITA

714114

# LA LEVITA

## COMEDIA EN TRES ACTOS, PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO DEL PRINCIPE, la noche del 29 de Febrero de 1868, á beneficio del primer actor de carácter Sr. D. Francisco Oltra.

---

CUARTA EDICIÓN

---

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| EMILIA | Doña | Matilde Díez. |
| ISABEL | » | Elisa Boldún. |
| ROSA | » | Emilia Pló. |
| CERÁREO | Don | Juan Catalina. |
| EL SEÑOR VALERIANO | » | Manuel Catalina. |
| DON MANUEL | » | Francisco Oltra. |
| UN NIÑO DE DIEZ AÑOS | » | Varela. |
| UN MOZO DE CAFÉ | » | Ramón Menor. |

Esta obra es propiedad de DOÑA MARÍA LORETO GULLÓN DE FISCOWICH, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PINTOR

# Don Gonzalo Salva,

su mejor amigo,

El Autor.

# ACTO PRIMERO

Sala reducida, con puertas en el foro primero y segundo término de la izquierda y dos balcones en los equivalentes de la derecha. Delante de la primera puerta lateral, una mesita-velador con recado de escribir. Sillería tapizada de damasco; portiers, alfombra de fieltro y demás accesorios, con ese sello de heterogeneidad que caracteriza los muebles de alquiler.

## ESCENA PRIMERA

EMILIA, repasando la libreta del gasto diario, é ISABEL, poniéndole el bolsillo del pecho á una levita de su padre, con un retal de gro muy lleno de colorines.

ISABEL. Verás como á papá no le gusta, y me cuesta poner otro bolsillo.

EMILIA. ¿Y por qué no ha de gustarle?

ISABEL. Porque es tan churrigueresco, que va á ser el hazme reir del que se lo vea.

EMILIA. Sí, porque con la levita cerrada van á desabrocharle precisamente para verle el bolsillo del pecho.

ISABEL. Pero al sacar algo, puede inadvertidamente tirar de él, y...

EMILIA. ¿Y qué verían? Un retal de un magnífico vestido de gro que tu madre llevaba en Santander, cuando su marido

era secretario del Gobierno, y no había vendido aún las tres casas y las tierras que tenía en Zaragoza.

ISABEL. Muy santo y muy bueno; pero eso no quita para que el bolsillo estuviese mejor de percalina negra.

EMILIA. Es que el retal le tengo en casa, y la percalina la había de comprar, y como tu padre no tiene más que diez mil reales de sueldo, y las cosas están carísimas, se necesitan muchos remiendos en el interior, para que quede algo con que poder revocar la fachada.

ISABEL. ¡Ay! Qué ganas tengo de ser rica.

EMILIA. Otras pueden quejarse con más motivo.

ISABEL. Es verdad.

EMILIA. Tú al menos no careces de lo necesario. Nuestra posición, ciertamente, no es, ni con mucho, la que nos corresponde; pero cubrimos nuestras necesidades; tenemos una criada y una casa decentemente puesta, y aunque de alquiler, como todos los muebles, no te falta tu piano para fomentar tu decidida afición por la música. Por lo tanto, preciso se hace observar la mayor economía en aquello que se relaciona con nuestro modo secreto de vivir, para no decaer en el concepto del mundo, que sólo juzga por lo que ve, y para quien la pobreza es el más repugnante de los vicios.

ISABEL. Por mi parte, ya ves que hago lo posible por economizar. Repasa la libreta, y díme si encuentras excesivo que unos días con otros salga por dieciséis reales la manutención de cuatro personas.

EMILIA. Verdaderamente no puede gastarse menos. Sin embargo, no creas que este artículo es el más importante.

ISABEL. Pues no podrán decir que gastamos en nada supérfluo. Hace año y medio que sólo toco al piano mi repertorio antiguo por no comprar papeles; y eso que en los dos meses que llevamos en Madrid, no oigo por todas partes más que el bolero de *La Tertulia*, que deseo aprender hace tanto tiempo.

EMILIA. Pues, hija mía, paciencia. Ya te doy un real todas las semanas para que poco á poco vayas renovando

tu biblioteca musical. ¿Cuánto tienes ya recogido?

ISABEL. Tenía siete reales.

EMILIA. ¿Tenías? ¿Pues en qué los has invertido?

ISABEL En un pañuelo que he bordado para regalárselo á papá mañana, que son sus días.

EMILIA. ¿Si? ¡Hija de mis entrañas! ¡Señor, que el maldito dinero haya de influir tanto en la felicidad de las personas! ¿No merecía esta pobre criatura que yo me marchase ahora á un almacén, y la comprase toda la música que se ha escrito?

ISABEL. Pero como no puede ser, me das un beso y estoy excesivamente recompensada.

EMILIA. Ven, ven, que tienes el corazón más hermoso... (Se la sienta en sus rodillas, y la besa repetidas veces.)

ISABEL. Trato de imitarte en lo posible.

EMILIA. ¡Pobrecita de mi alma! ¡Con tu educación y tu talento no poderte procurar una expansión de esas que son tan naturales á tu edad! ¡Pasar lo mejor de tu vida llena de privaciones, zurciendo y remendando, sin más galas que tu vestido negro de seda, que está sirviéndote hace tres años para las grandes solemnidades! ¡Y todo sin una queja, siempre con la sonrisa en la boca!

ISABEL. Anda, tontita, no te apures, que todavía has de verme casada con algún potentado, y entonces todos seremos felices.

EMILIA. No es porque no lo merezcas; pero hija mía, el dinero busca dinero.

ISABEL. También hay quien aprecia la virtud.

EMILIA. Por supuesto que yo dudo y hago mal, porque á juzgar por las apariencias, no sería difícil que se realizase tu predicción.

ISABEL. ¿Cómo?

EMILIA. Sí, sí, hazte de nuevas. Mucho coqueteas tú con el señor Valeriano.

ISABEL. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! Habéis dado papá y tú en la manía...

EMILIA. Tú dirás lo que te dé la gana, pero á todas horas le tie-

nes sentado al extremo de su mostrador, mirando á nuestros balcones con mucha insistencia.

ISABEL. ¡Qué bromas tienes! El pobre hombre, ni se habrá fijado en mí.

EMILIA. Yo no sé, pero en pocos días nos ha visitado ya dos veces.

ISABEL. Para reconocer esta casa, que está de venta, por si le convenía adquirirla.

EMILIA. ¡Vaya! Que las madres cazamos muy largo, y yo he sorprendido en él ciertas miradas que me han dado que sospechar. (Isabel se sonríe tomándolo á broma.) ¡Qué sabemos! El señor Valeriano es joven, no mal mozo, rico...

ISABEL. ¡Por Dios!

EMILIA. Aún hemos de verte en la trastienda con unos mitones de estambre, vigilando á los mancebos, que temerán más que á su amo, á la señora Isabel.

ISABEL. (Apurada.) ¡Mamá!

EMILIA. Tonta, no te apures; ¿no conoces que es una broma que te gasto?

ISABEL. Es que como verdaderamente he sorprendido esa insistencia en el señor Valeriano, y al contemplar nuestra posición recuerdo que toda hija debe sacrificarse por sus padres...

EMILIA. ¡Calla, calla! ¡Aunque nos viéramos en la indigencia! ¡Casarse por especulación! Nunca te lo aconsejaré.

ISABEL. Yo creo que el cariño no puede despertarse en mí para depositarlo en un hombre cuya educación difiere tanto de la mía.

EMILIA. ¿Pero habías pensado en ello seriamente?

ISABEL. Sí, mamá, me asusta veros en la pobreza.

EMILIA. Vamos, hija, tranquilízate, que no es nuestra situación tan precaria.

ISABEL. Creí que no atreviéndoos á decírmelo francamente, vuestras bromas sobre el particular envolvían un consejo.

EMILIA. ¡Jesús! ¡Jesús, qué criatura! Vaya, no te ocupes más de eso, porque ni soñarlo debiste.

ISABEL. ¡Ay! ¡Papá! (Viendo entrar á Cesáreo.)

## ESCENA II

DICHAS; CESÁREO, con un ejemplar para piano del bolero del baile de *La Tertulia*.

EMILIA. ¡Chico! ¿Cómo en casa á estas horas? ¿Pues y la oficina?

CESAREO. Están de obra en nuestro departamento, y nos han dado huelga hasta pasado mañana.

ISABEL. ¡Ay qué gusto! Celebraremos juntos tu santo.

EMILIA. Es verdad.

CESAREO. Lo de celebrarlo es muy cuestionable; digo, si la celebración ha de consistir en hacer algún exceso.

EMILIA. De ningún modo. Pero, señor; no parece sino que no puede haber solemnidad sin comilona, regalos, diversiones y gastos supérfluos. ¡Qué mayor satisfacción que la de vernos reunidos con salud, almorzar como de ordinario, ponernos nuestros trapitos y marcharnos á dar un paseo hasta la hora de comer, dando fin al programa con una partida de tresillo!

CESAREO. Admirable.

ISABEL. Aprobado.

CESAREO. Yo me pondré mi levita de dos filas de botones, que me da cierto carácter de diplomático.

ISABEL. (Enseñándole la levita.) Mira, ahora acabo de ponerte el bolsillo.

CESAREO. ¡Caramba! ¡Qué alegre es!

ISABEL. ¿Verdad que no te gusta?

CESAREO. ¿Cuesta dinero?

ISABEL. No.

CESAREO. Pues entónces es inmejorable.

ISABEL. ¿La guardas, mamá?

EMILIA. Después; déjala sobre una silla. (Isabel deja la levita sobre una de las sillas del foro.)

CESAREO. Están los tiempos muy malos, y hasta reponernos de

nuestra crujida, es preciso antes de gastarle, que le demos catorce vueltas á un ochavo.

EMILIA. ¡Sí, que el horno está para tortas! Hoy ha subido el pan dos cuartos.

CESAREO. ¡Anda, anda! ¡Por las nubes, para que no pueda comerlo más que la corte celestial. En fin, dejémenos de lástimas, porque si no procuramos distraernos, no habría digestión posible. (Aparte á Emilia.) (Verás qué alegría le doy á Isabel.) Nena, oye.

ISABEL. ¿Qué quieres, papá?

CESAREO. Vamos á ver; ¿qué preferirías que te regalase mañana?

ISABEL. ¡Ay! ¿Alguna cosa que me has comprado?

CESAREO. Puede, puede. ¡Quién sabe! (Llevándose la mano al bolsillo del pecho.)

ISABEL. Sí, sí; la llevas en el pecho. ¿Qué es? Dímelo.

CESAREO. No; tú, aciértalo. (Cesáreo y Emilia hablan en voz baja, y se sonríen.)

ISABEL. ¿Qué podrá ser? ¿Un estuche de bordar?

EMILIA. No.

CESAREO. Frío, frío.

EMILIA. Mejor que eso.

ISABEL. Algún corte de...

CESAREO. (Precipitadamente.) No, no.

EMILIA. Mucho más frío.

ISABEL. ¡Caramba! ¿Qué será?

EMILIA. Tú, piensa algún objeto de tu gusto

ISABEL. Libros, papeles...

CESAREO. Caliente, caliente.

ISABEL. ¿Alguna pieza para piano?

EMILIA. }
CES. } (Aumentando la voz.) Caliente, caliente.

ISABEL. (En el colmo de la alegría, y arrojándose sobre su padre.) ¡Ay! Ya sé. ¡El bolero de *La Tertulia!*

CES. }
EMILIA. } ¡Que se abrasa, que se abrasa! (Isabel le arrebata el ejemplar á su padre, y éste y Emilia se ríen saboreando su satisfacción.)

ISABEL. ¡Ay! ¡Qué alegría! Papá, tantas gracias. (Abrazándole.) ¿Pero, por qué haces esto?

CESAREO. Hija mía, porque no puedo hacer otra cosa.

ISABEL. Voy á estudiarle en seguida, para ver si mañana le toco ya.

EMILIA. Pero mira, pon el celeste, porque si no, cuando llegas á tocar alguna cosa, estamos hartos de oirla á tropezones, y ya no nos causa ilusión.

ISABEL. (A su padre.) Yo también te tengo dispuesto un regalo para mañana; pero no te lo digo, porque quiero sorprenderte.

CESAREO ¡Hola! ¿También tú?

ISABEL. ¡Vaya! Y me ha salido muy bien bordado.

EMILIA. Adiós sorpresa.

ISABEL. ¡Ay, qué tonta! Pero no, no ha caído en lo que es; ¡tantas cosas se pueden bordar!

CESAREO. (Disimulando.) Tiene razón; no sospecho...

ISABEL. Nada, nada; ya lo verás.—No me descubras tú. (A su madre.)

EMILIA. ¿Yo? (Protestando guardar secreto.)

ISABEL. Adiós, adiós. (Abre el bolero y vase por la segunda puerta de la izquierda, tarareando los primeros compases, cuyo tiempo marca con la mano.)

## ESCENA III

### EMILIA y CESAREO

CESAREO. Ahí la tienes loca de contenta con una bagatela. ¡Es un ángel nuestra hija!

EMILIA. No lo sabes bien. Momentos antes de venir tú, ha habido una escena en que he tenido que armarme de resolución para no ponerme á llorar á lágrima viva.

CESAREO. Pues, ¿y eso?

EMILIA. Que como la gastamos bromas con el señor Valeriano, ha creído que tácitamente la inducíamos al matrimonio por ese medio, y la pobrecita de mi corazón, lu-

chando con la repugnancia que es natural, casi estaba decidida á sacrificarse por mejorar nuestra suerte.

CESAREO. (Conmovido.) ¿Sí? ¡Vida mía!

EMILIA. Naturalmente, me ha afectado, porque cuando debíamos ser nosotros los que conservásemos nuestros bienes para Isabel, ver que ella se resigna á matar sus ilusiones en beneficio de sus padres, parece un castigo providencial.

CESAREO. Yo te aseguro, Emilia, que bien purgamos nuestras faltas.

EMILIA. ¡Quién nos ha visto, y quién nos ve!

CESAREO. Amigo, todos los tiempos no son iguales.

EMILIA. No, Cesáreo; dí más bien que sólo vivimos al día, y que cuando tenemos dinero, no pensamos en que se nos puede acabar.

CESAREO. Pero mujer, nuestra situación por lo anómala, no puede durar mucho.

EMILIA. Once años hace que te estoy oyendo decir lo mismo, y cada vez es más precaria.

CESAREO. Vamos, no tientes á Dios, porque ahora al menos, no nos falta para arrimar un puchero á la lumbre.

EMILIA. Gracias á que llegamos tan oportunamente á Madrid, y Ginestal te procuró ese empleo; que si tardamos un poco, ya hubiera estado camino de Puerto Rico.

CESAREO. ¡Toma! A los cinco días salió para encargarse de la Intendencia general. ¡Esa es viña! ¡Quién la pescara!

EMILIA. No tendrías que envidiar hoy á nadie si hubieras seguido mis consejos.

CESAREO. ¿Y quién iba adivinar lo que sucede?

EMILIA. Es que no había necesidad de exponernos. ¿No teníamos treinta mil reales de renta el año cincuenta y cuatro?

CESAREO. Sí, hija, sí, los teníamos.

EMILIA. ¿Pues quién te mandaba meterte en política cuando nos sobraba para satisfacer hasta nuestros caprichos?

CESAREO. El sueldo, la consideración...

EMILIA. Dí más bien la vanidad.

CESAREO. Corriente; pero no sería mi debilidad tan censurable, cuando tú también participabas de ella.

EMILIA. ¿Yo?

CESAREO. Tú, sí, señor. Bien te gustaba pavonearte por Santander, oyéndote llamar la esposa del secretario, luciendo encajes y joyas en bailes y reuniones, y cruzando convites en competencia con la familia de don Manuel, el Administrador de Hacienda pública, que á más de su posición oficial, tenía cuatro ó cinco mil duros de renta.

EMILIA. Eso es muy cuestionable, porque si yo gastaba, era tan sólo por sostener tu rango que así lo exigía. ¿Pero díme si al quedar cesante el año cincuenta y seis, no podíamos habernos reducido á vivir de nuestra renta, toda vez que subsistía íntegra?

CESAREO. Justo. Un hombre que está llamando la atención por su boato, que oficial y públicamente aboga por una causa política, y que espera verse elevado á la categoría de gobernador el día en que prevalezcan sus ideas, va á perder la consideración de que goza por temor á resultados que entonces no podía prever.

EMILIA. Pues mira si don Manuel los previó.

CESAREO. ¿Tú que sabes? Si desde entonces no hemos vuelto á verle ni á tener noticias suyas.

EMILIA. Pero sé que se marchó de Santander, sin duda, á vivir más modestamente en otra parte.

CESAREO. Toma, también nosotros nos fuimos á Zaragoza.

EMILIA. Sí, al cabo de tres años, y cuando perdidas las esperanzas de medrar tuvimos que vender una casa que representaba la cuarta parte de nuestra fortuna. Y menos mal si hubieras llevado á efecto las economías que te propusiste; pero allí los amigos empezaron á levantarte de cascos nuevamente con la diputación á Cortes, que no se consiguió, sobre costar mucho dinero, y cuyo fracaso te sugirió la peregrina idea de fundar un periódico. A esta empresa sucedieron las reuniones, los banquetes, los viajes para los acuerdos privados, las sus-

cripciones incesantes para el fomento y protección de la idea, y por último, la desaparición de nuestros bienes, hasta el extremo de que con el producto de nuestro mobiliario, hayamos tenido que venir á Madrid, donde nadie nos conoce, en busca de un pedazo de pan.

CESAREO. En cambio, he mantenido mi consecuencia política.

EMILIA. Pues me río yo de la consecuencia de un hombre que acepta una plaza en el Tribunal de Cuentas, sirviendo á una situación que tanto difiere de sus principios.

CESAREO. Hija mía, el pan ejerce gran atracción sobre el hambre, y la política tiene una relación muy directa con el estómago. ¡Ay de otros pobrecitos que buscan y no encuentran! Mira, sin ir más lejos, en el sotabanco de cuatro casas más arriba, vive Rodríguez, aquél oficial de la sección de Fomento que tenía yo en Santander.

EMILIA. ¿Uno alto, rubio?

CESAREO. No, mujer; aquél que en las reuniones musicales tocaba tan bien el clarinete.

EMILIA. ¡Ah! Sí, sí; ya recuerdo.

CESAREO. Pues el infeliz, viudo y con cuatro hijos, de los cuales el mayor puede que no llegue á diez años, después de solicitar inútilmente hasta una plaza en la orquesta de un teatro, ha tenido que meterse á cobrador de una casa de comercio, donde se gana ocho reales con obligación de responder de las faltas y monedas falsas.

EMILIA. ¡Jesús! ¿Y cómo puede vivir?

CESAREO. Matándose á trabajar. Por las noches, cuando sale de la oficina, se va, como él dice, á rendir culto al arte, culto que consiste en recorrer las calles de Madrid con tres ó cuatro murguistas más, dando conatos de serenatas con parodias de armonías.

EMILIA. Y nosotros, con diez mil reales, vivimos llenos de privaciones, y cobrando las mensualidades adelantadas.

CESAREO. Mira, el día uno tomé la de Febrero; estamos á veinticuatro, y por todo capital, me queda esto en el bolsillo. (Sacando tres pesetas, que vuelve á guardar.)

EMILIA. ¡Tres pesetas!

CESAREO. ¡Tres pesetas! Mañana haré que me anticipen la de Marzo.

EMILIA. Pues, Cesáreo, yo me vuelvo loca pensando en la manera de hacer economías; pero ya es imposible reducirnos más.

CESAREO. Yo te diré: es que estos dos meses primeros han sido terribles; se nos ha juntado todo; el trimestre de la casa, el alquiler de los muebles, la compra de las sábanas y los cubiertos.

EMILIA. Como que llegamos á Madrid con lo puesto, y un poco de ropa blanca para quita y pon. Ya, ya estamos bien.

CESAREO. Y por más vueltas que le des, no hay modo de prescindir de ciertos gastos. Yo llevaría babuchas de orillo y unos pantalones de puntillón, poniéndome, como el señor Valeriano, sobremangas azules á una chaqueta de color de pasa; pero como gasto levita, si se me rompe, tengo que comprarme una nueva; ni puedo llevar las botas remendadas para que los faldones y el sombrero de copa no se ruboricen; pero en cambio, el señor Valeriano gana en un día lo que yo en un mes; y puede comer perdices, riéndose del mundo, mientras yo tengo que comer patatas, para que el mundo no se ría de mí.

EMILIA. ¡Qué verdad es todo eso!

CESAREO. Señor, que hacemos de la levita un signo de posición cuando sólo debe serlo de educación; y la prueba es que si el señor Valeriano la viste, parece que le va diciendo: «Suéltame, que no soy para tí.» Al paso que yo, engañando á las gentes con mi exterioridad, disfrazo el hambre y convierto la levita en careta de mi estómago.

EMILIA. Y no sé por qué el hombre ha de temer presentarse en sociedad con la ropa remendada, siempre que lleve la conciencia sin zurcir.

CESAREO. Porque el traje ha venido á ser el regulador de las personas decentes, y para conseguir algo de la humani-

dad, no hay más remedio que gritarla: «Soy rico; no necesito nada tuyo.»

EMILIA. ¡Siempre presidiendo nuestros actos la maldita hipocresía! No sé á dónde vamos á parar.

CESAREO. A un cataclismo. Si Dios no fuera infalible, creería yo que se había equivocado en la época del diluvio, porque al siglo diecinueve le pertenece de hecho y de derecho.

## ESCENA IV

### DICHOS y el SEÑOR VALERIANO

Este viste el traje de los dias de fiesta; levita, pantalón y chaleco negros; bota de charol, sombrero de seda, y guante claro; todo flamante y rico; pero puesto de un modo que, sin que ni por asomo resulte grotesco, le dé el exótico carácter que imprime la levita á lo que vulgarmente se llama un artesano compuesto.

VALER. ¿Estorbo, señores?

EMILIA. ¡Hola, señor Valeriano!

CESAREO. Adelante, hombre: usted no estorba nunca.

VALER. ¿Qué tal, don Cesáreo?

CESAREO. Perfectamente. ¡Usted siempre tan campante!

VALER. Vamos tirando. ¿Y usted, señora, buena?

EMILIA. Buena, gracias.

VALER. ¿La niña buena? (Emilia afirma.) Vamos, eso es menester, que haya salud.

CESAREO. Siéntese usted. (Se sientan.) ¿Qué, se viene á dar otra visita á la casa por si conviene adquirirla?

VALER. Ca, no señor; tengo muchos gastos, y la época es mala; aunque gracias á Dios yo no puedo quejarme.

EMILIA. Sí, siempre tiene usted la lonja llena.

VALER. Parece la casa un jubileo.

CESAREO. Debe usted ganar las onzas á espuertas.

VALER. Se trajina. Y sobre todo, lo que decía mi pobrecita madre: desnudo nací, vestido me hallo, eso me gano. Mire usted, el año cuarenta y ocho, yo tenía entonces

unos diez y medio escasos; eso es; en Abril haré los treinta: pues el año cuarenta y ocho me quedé sólo en el mundo, sin más bienes que el día y la noche, ni más amparo que el de Dios; y pidiendo limosna de pueblo en pueblo, llegué á Madrid con mis alpargatas de esparto hechas una desdicha, y entrándome por los zaragüelles un frío capaz de helar las piedras. El señor Martínez, que entonces era el dueño de la que hoy es mi lonja, me tomó para hacer mandados y barrer la tienda en cambio de la comida. Pues mire usted, al año siguiente, ya despachaba yo al mostrador; á los tres, era su factor principal; y el cincuenta y siete, cuando murió, con mis ahorritos y un pequeño crédito que me procuré, adquirí el traspaso de la lonja, con cuyo producto cubro hoy mis atenciones; no me faltan mil reales en el bolsillo, y estoy obrándome una casita en la calle de la Cruz para cuando ya no pueda trabajar tener un rinconcito donde meterme.

CESAREO. ¡Bravo, bravo! (A Emilia.) ¿Qué te parece, si el azafrán y las almendras dejan ganancia?

EMILIA. ¡Ya lo creo! A usted, al cabo del año, siempre vendrán á quedarle mil duros, limpios de polvo y paja.

VALER. ¡Ah, más, más! Mire usted, diez años hace que trabajo por mi cuenta, y ya tengo un capitalito de cerca de treinta mil duros.

EMILIA. ¿Treinta mil duros?

CESAREO. ¿Sí?

EMILIA. Pero esta Isabel, ¿dónde se habrá metido?

VALER. Verdad es que he hecho muchas operaciones particulares, y he guardado la mayor economía, sin cuidarme del mundo para nada; porque estoy persuadido de que el día que me falte una peseta, él no me la ha de dar.

CESAREO. Amigo, es usted todo un capitalista.

VALER. No.

CESAREO. ¿Y se mantiene usted soltero?

VALER. Sí, señor; pero, si me salen bien las cuentas, me parece que pronto entraré en la cofradía.

EMILIA. ¡Hola! ¿Ya hay moro en campaña?

CESAREO. ¿Y quién es ella, se puede saber?

VALER. Es... su hija de ustedes. A mí me gustan las cosas claras.

EMILIA. CES. ¿Isabel?

VALER. Isabel. La ví, me impresionó; me parece que reune todas las condiciones para hacer feliz á su marido, y vengo á consultarlo con ustedes.

CESAREO. Pues, hombre, lo siento; porque la alternativa, para mí, es muy difícil. No es que usted no la merezca...

EMILIA. ¡Ah! de usted no podemos decir sino que es la honradez personificada; pero Isabel creo que ignora...

CESAREO. En primer lugar, eso; y después que, sin consultar las posiciones respectivas...

VALER. Poco á poco: yo ni sé ni trato de averiguar la de ustedes. El cariño para mí es un impulso ajeno á toda clase de cálculos y conveniencias; y yo, al pedirla por mujer, no vengo á ajustar el precio de su mano. Tenga ó no tenga, la cuestión se reduce á si me quiere ó no.

CESAREO. Nosotros no podemos leer en el fondo de su alma.

VALER. ¿Pero dejarán ustedes de conocer sus inclinaciones?

EMILIA. A mí me parece que este asunto no puede consultarse sin ella; porque, á lo que entiendo, el trato y la constante apreciación de las cualidades de usted, es lo único que han de despertar su simpatía y desarrollar su cariño...

VALER. Pues eso es precisamente lo que me da que temer. Yo, aunque me esté mal en alabarme, tengo buen instinto, sentimientos nobles y elevados; pero comprendo que á mi educación le falta ese barniz de exterioridad de que tanto se paga el mundo. Y vaya usted á hacerle creer á una niña de dieciocho años que puede ser feliz con un hombre que no sabe los rudimentos de la etiqueta y de la moda, por más que le ofrezca la garantía de un cariño desinteresado, una moralidad intachable y una rectitud á prueba de asechanzas.

EMILIA. Tiene usted razón, señor Valeriano; en este mundo no se juzga más que por lo que se ve.

CESAREO. Sin embargo, ciertas exigencias de la educación son muy naturales.

VALER. No lo dudo; pero usted convendrá conmigo en que de todo se abusa. A mí, por ejemplo, me ven ustedes toda la semana detrás del mostrador con la ropa remendada, que parezco al último mancebo de mi tienda; y el día que me pongo de tiros largos, la levita me sienta como á un Santo Cristo un par de pistolas.

EMILIA. }
CES. } ¡Já, já! ¡Qué ocurrencia!

VALER. Sí, señores, lo sé; como sé que á fuerza de costumbre llegaría á vestirla también como usted; pero no lo hago, no porque mi posición no sea para ello, sino porque estoy convencido de que lo que sólo debía indicar la categoría de la persona, se convierte en un crea necesidades y un tapa conciencias que insensiblemente conducen al hombre al precipicio. ¡Hay tantos que lucen sillas tapizadas, alfombras y colgaduras, y puede que no tengan tres pesetas en el bolsillo! (Emilia y Cesareo se estremecen.)

CESAREO. Sí; yo lo creo.

EMILIA. Nosotros... conocemos algunos.

VALER. Pues es lo que yo trato de evitar. Que el hombre malo por instinto, sea malo, no me asombra; pero que personas honradas, sólo por llenar las exigencias de la levita, vayan, sin querer, caminando al vicio y cometan iniquidades mayores que las de los malvados por inclinación, eso es horrible.

CESAREO. ¿Y bien puede ser que un hombre bueno llegue á degradarse hasta ese punto?

VALER. ¡Digo, digo, si es posible! En las tiendas es donde se aprenden historias. Nosotros lo conocemos á la legua. Cuando uno se ha visto bien y llega á quedarse sin un cuarto, á veces confiesa su pobreza; pero si no tiene esta virtud, esté usted seguro de que inaugura su ca-

rrera de perdición, que tiene tres períodos, y se manifiestan de este modo: primero...

## ESCENA V

### DICHOS é ISABEL

ISABEL. (Muy contenta.) ¡Mamá, mamá!... ¡Ah! buenos días, señor Valeriano.

VALER. (Levantándose.) Muy buenos días, señorita. ¿Va bien?

ISABEL. Bien, gracias.

VALER. Los papás veo que están tan famosos.

EMILIA. Siéntese usted. (Se sienta el señor Valeriano.) ¿Qué querías? (A Isabel.)

ISABEL. (A media voz á su madre.) Decirte que ya sé la primera parte del bolero.

EMILIA. ¡Amigo! ¿Oyes, Cesáreo? Ya toca la primera parte.

CESAREO. ¿Cuántas tiene?

ISABEL. Tres.

CESAREO. Pues, á ese paso, dentro de un par de horas podemos oirlo completo.

ISABEL. No, que las otras dos son muy difíciles.

VALER. ¿Alguna pieza nueva que estudia usted?

EMILIA. Sí: el bolero de la *Tertulia,* que quiere aprender para mañana, que son los días de su padre.

VALER. ¡Ah, sí! San Cesáreo: que los tenga usted muy felices, en compañía de todas aquellas personas de su estimación.

CESAREO. ¡Gracias!

ISABEL. Me voy, porque, sin querer, he venido á interrumpir.

EMILIA. No, quédate; estábamos tratando precisamente...

VALER. De tres partes de bolero que se bailan en el teatro del mundo, ¿verdad?

CESAREO. Ciertamente.

VALER. Pues, como iba diciendo, llega un día en que la criada pide, por ejemplo, dinero para aceite; no le hay ni espera tenerlo, y le contesta el amo: «Mira, pásate á la

tienda, y dí que te lo den, que *ya se pagará.*» Primera parte: la mentira. Después viene lo de empeñar alhajas ó ropas, si las hay. ¿Usted creerá que para comer ó para pagar el aceite que debe? pues, no, señor; para comprarse guantes y una butaca con que ir al teatro, y evitar que los que le vean sospechen que aquel día no ha comido. ¡Hipocresía y vanidad! Segunda parte del bolero. Hasta que, por último, cuando ya no hay qué empeñar ni qué vender, y ha tomado cuerpo la idea de que la pobreza mancha, llega la tercera parte, que consiste en estafar, vivir á costa del país, secar la fuente de todo sentimiento noble, prescindir de su conciencia y comerciar hasta con sus hijos. Pero estos crímenes se cometen con levita, y hay que callarse, porque ya está resuelto el problema de que todo el que la viste entra en la categoría de las personas decentes.

CESAREO. Está usted durillo, señor Valeriano.

VALER. Un poco; pero como yo no he de arreglar el mundo, me desahogo diciendo cuatro verdades.

MANUEL. (Dentro.) Yo los encontraré.

EMILIA. ¿Qué es eso?

CESAREO. ¿Quién grita?

## ESCENA VI

DICHOS; DON MANUEL, con un sobretodo abrochado, y sombrero de copa.

MANUEL. (En la puerta del foro.) Aquí vengo á ver si se acuerdan todavía de mí.

EMILIA. ¡Chico! ¡Si es don Manuel! (Don Manuel baja, y todos se levantan, yendo á recibirle.)

CESAREO. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Al cabo de los años mil! ¿Qué tal va? (Mucho apretón de manos.)

MANUEL. Tal cual. Por usted es por quien no pasan días.

CESAREO. Pues, amigo, once años dejan huella.

MANUEL. A Emilia es á quien encuentro lo mismo que en Santander.

EMILIA. No dirá usted otro tanto de ésta. (Por Isabel.)

MANUEL. ¡Calle! ¿Esta es Isabel? ¿Cómo había de conocerla, si entonces era un taponcillo? ¿Qué edad tendría?

EMILIA. Cinco años ó seis.

MANUEL. Calcule usted. Recuerdo cuando la dábamos vino con agua, que lo conocía á la legua, y nos decía: «Bautizado no, le quiero moro.» Nos hacen viejos estas criaturas. ¡Pero qué guapa! Es un capullito que honra á sus padres.

ISABEL. Es usted muy galante.

MANUEL. Este caballero, ¿es también de la familia? (Por el señor Valeriano.)

CESAREO. No, señor; un amigo.

VALER. Para lo que usted guste mandar.

CESAREO. Pero siéntese usted, don Manuel, y hablemos largo y tendido. (Se sientan junto al velador.)

EMILIA. Ya supimos en Santander la muerte de la pobre doña Antonia.

MANUEL. Sí, hija; á poco de salir de allí.

CESAREO. ¡Pobre señora! ¡Tan buena!

EMILIA. Nosotros lo sentimos mucho.

MANUEL. ¡Cómo ha de ser!

CESAREO. ¿Y desde cuándo está usted en Madrid?

MANUEL. Desde hace poco.

EMILIA. ¿Quiere usted tomar algo?

MANUEL. No, gracias.

CESAREO. Sí, con franqueza.

MANUEL. No... ustedes habrán almorzado ya.

CESAREO. Eso qué importa: el café está enfrente. Mira, Isabel, díle á Rosa que mande traer... ¿Le gusta á usted el jamón en dulce?

MANUEL. Cualquier cosa.

CESAREO. Lo digo, porque eso no lo tienen que hacer, y vendrá pronto.

MANUEL. Bien.

CESAREO. Pues una ración de jamón, vino y queso; pero volando.

ISABEL. Voy. Con permiso. (Vase.)

## ESCENA VII

DICHOS menos ISABEL.

CESAREO. ¡Vaya con don Manuel! ¿Y por quién ha sabido usted que estábamos en Madrid?

MANUEL. Por aquél Rodríguez, oficial de Fomento, á quien me he encontrado en la estación facturando unos bultos.

EMILIA. ¿Ha visto usted qué desgracia la de ese pobre chico?

MANUEL. Por ser consecuente. Si no debían hacer política más que los que, como nosotros, tuviesen una posición independiente para los casos adversos.

CESARRO. Sí, es verdad.

VALER. Esa, esa es mi tema.

CESAREO. ¿Pero han venido ustedes retrasados?

MANUEL. No, sino que he tenido una cuestión con un dependiente, porque me ha pasado la cosa más original del mundo. Figúrese usted que ayer en Alicante, después de facturar un criado mis baúles, llego al tren momentos antes de ponerse en marcha, con una maletita de mano donde iba alguna ropa de uso y un poco de dinero en oro y plata. Voy á poner el pie en el estribo, y me oigo á un dependiente que me grita: «Caballero, ese bulto es muy grande, y no puede usted llevarle en el wagón.» A todo esto estaban cerrando ya las portezuelas, y no tuve más remedio que desistir de mis suplicas, y acceder á que por un favor especial la metieran en el furgón de equipajes, y la facturasen en la estación inmediata, donde, en efecto, se me entregó el resguardo; pero llego aquí, presento mi talón, y después de buscar por todas partes inútilmente, salimos con la gracia de que mi equipaje no ha llegado á Madrid.

CESAREO. Bien.

VALER. Pues, hombre, es raro; á mí nunca me ha faltado ningún bulto.

MANUEL. Y aquí me tienen ustedes en la Corte, sin poderme vestir, y con seis ó siete pesetas en el bolsillo.

CESAREO. ¿Quiere usted dinero?
EMILIA. (Aparte.) (¡Ay, Dios!)
MANUEL. No, tantas gracias.
CESAREO. Es que con franqueza...
MANUEL. Ya ve usted si lo haría yo en caso de necesidad. Pues sí, se han oído buenas cosas.
EMILIA. ¡Ah! Lo merecen; es una picardía.

## ESCENA VIII

DICHOS; UN MOZO, de café, con el servicio correspondiente.

MOZO. ¿A dónde va esto?
EMILIA. Póngalo usted aquí, en este velador. (El Mozo extiende una servilleta, y coloca el servicio sobre el velador, de donde Emilia habrá quitado el tintero.)
CESAREO. ¿Y qué excusa le han dado á usted?
MANUEL. Que se habrá quedado en alguna estación de la línea, y que lo reclamarán.
VALER. Si no lo han trasbordado en Alcázar, y lo tiene usted á estas horas en Andalucía.
MOZO. ¿Se ocurre algo más?
CESAREO. No.
MOZO. Pues luego volveré por el servicio. (Vase.)
CESAREO. Bueno, vete.

## ESCENA IX

DICHOS menos el MOZO

MANUEL. (Preparándose á comer.) Pues señor, ánimo, á ello. ¿Ustedes gustan?
EMILIA. / CES. } Gracias.
VALER. Que aproveche. A mí no me gusta el jamón, porque siempre se me aceda. (Don Manuel mira con estrañeza al señor Valeriano.)

MANUEL. (Aparte á Cesáreo, que estará sentado al lado suyo.) ¿Quién es este prójimo?

CESAREO. Un tendero muy rico. Valeriano Solsona.

MANUEL. (¡Ah!) (Le mira de hito en hito.)

EMILIA. ¿Y qué viento le trae á usted por aquí?

MANUEL. Estoy de paso; pero regresaré pronto. Mañana salgo para Zaragoza, donde creía verlos á ustedes; y al mismo tiempo que desempeñaba unas comisiones particulares, me proponía instruir á Cesáreo de un asunto que le concierne.

CESAREO. Pues aquí me tiene usted.

MANUEL. Es el caso que se trata de fundar una sociedad de préstamos reintegrables, y yo que sé los grandes conocimientos que usted tiene en administración, francamente, he dicho: voy á ver si Cesáreo me dispensa el obsequio de encargarse de la secretaría.

EMILIA. (Aparte á Cesáreo con un placer indescriptible.) ¡Cesáreo de mi alma!

CESAREO. ¡Hombre!

MANUEL. Yo bien sé que este cargo no está en armonía con la posición de usted; pero se trata de un favor. Por lo pronto, no podremos darle á usted más sueldo que treinta ó cuarenta mil reales al año; más adelante, según vaya el negocio...

CESAREO. Siendo cosa de usted, no puedo negarme á ello.

EMILIA. Y que éste no sabe vivir sin ocuparse en algo.

MANUEL. Además, tiene usted la ventaja de que administra por sí mismo su capital; porque, con el objeto de ofrecer más garantías, hemos dispuesto que las dependencias se adjudiquen á los mismos accionistas en justa proporción del número de acciones por que se suscriban. De modo que usted, con cinco mil duros, sale del paso.

EMILIA. (¡Adiós, mis ilusiones!)

CESAREO. ¡Ah, ya, sí!... Pues mire usted, está muy bien entendido eso.

MANUEL. ¡Vaya!

CESAREO. ¿Y cuándo se constituye la sociedad?

MANUEL. Dentro de un par de meses, á lo sumo. Pero la suscripción debe hacerse sin pérdida de momento, porque nos llueven los compromisos.

CESAREO. ¡Caramba, eso es lo malo, porque yo tengo impuesto mi dinero á plazo fijo, y no puedo retirarlo hasta... Octubre.

MANUEL. ¿Pero dejará usted de tener crédito?.

CESAREO. ¡Ah! eso sí.

MANUEL. Yo mismo no titubearía en procurarle á usted esa cantidad, si no fuera porque acabo de suscribirme por cuarenta mil duros que me corresponden como gerente; pero no le será á usted difícil conseguirla, porque el suscriptor no viene obligado á ejercer la plaza, sino que puede reservarse las acciones, y transferir el derecho á la dependencia.

CESAREO. ¡Qué! ¡Si eso es magnífico!

MANUEL. Usted mismo, don Valeriano, podía quedarse con esas cincuenta acciones.

CESAREO. Hombre, es verdad.

EMILIA. Ya ve usted, el negocio dicen que es seguro.

VALER. Para los de dentro, siempre. Yo, antes que gastar el dinero en sociedades, lo emplearía en cohetes; al menos me luciría.

MANUEL. Bien; eso es una apreciación de usted. Pero puede anticiparle á Cesáreo esa cantidad hasta que él retire sus fondos.

VALER. Eso ya es otra cosa, y lo haría con mucho gusto; pero ya sabe el señor que ahora me es de todo punto imposible.

MANUEL. ¡En fin, lo siento por usted!

CESAREO. No, no: es que de aquí á mañana ya veré yo de arreglarlo. ¿Y la sociedad, radica en Alicante?

MANUEL. Nunca. He salido de ese pueblo para no volver jamás.

CESAREO. ¿Pues cómo?

MANUEL. Han procedido allí conmigo del modo más arbitrario.

CESAREO. ¿Sí?

MANUEL. Figúrese usted que hace seis ó siete días averiguaron

que bajo una razón social supuesta, varios caballeros de industria se entretenían en estafar á muchas casas de comercio respetabilísimas de la Península. Yo tuve la desgracia de adquirir unos valores de su procedencia, y sin más ni más, me encerraron cuatro días en la cárcel, hasta que probada mi inculpabilidad, me dejaron libre, pero sin darme satisfacción de lo ocurrido, ni rehabilitarme á los ojos de una población que me tenía en el concepto que creo merecer, y del que empecé á declinar desde aquel instante.

EMILIA. ¡Qué picardía!

VALER. ¿Y qué nombre tenía esa casa?

MANUEL. Barboso y Quirós.

VALER. (Levantándose.) ¿Barboso y Quirós? Pues hombre, entonces soy yo una de sus víctimas.

TODOS. ¿Sí?

VALER. La semana pasada les consigné géneros por valor de quince mil reales.

MANUEL. Pues cuéntelos usted con los difuntos.

VALER. ¿Pero á usted le consta? Mire usted que me dieron unos informes muy brillantes de la casa.

MANUEL. Como que estaban complicados en la trama hasta dependientes de correos. ¡Si según dicen es un plan vastísimo!

VALER. ¿Y yo, qué hago?

MANUEL. ¿Tiene usted algún documento?

VALER. Sí, señor, la carta de pedido.

MANUEL. Pues tráigala usted y yo haré que se agregue al espediente que se instruye en Alicante.

VALER. ¡Pues no que no, bribonazos!

EMILIA. Hay gente para todo.

VALER. Primero voy á ver si logro que detengan la remesa, porque iba por mercancías, y es posible que no haya llegado aún el género. Señores, con permiso de ustedes. ¡Ladrones, más que ladrones! (Vase.)

CESAREO. A ver, señor Valeriano, á ver...

## ESCENA X

EMILIA, CESAREO, DON MANUEL y EL MOZO DE CAFÉ

CESAREO. ¡Pobre hombre!

EMILIA. Es una bribonada.

MOZO. ¿Puedo retirar el servicio? (Lo recoge.)

CESAREO. Sí. ¿Cuánto es? (A don Manuel, que intenta pagar.) ¡Por Dios!

MOZO. Diez reales.

CESAREO. Toma. (Dándole las tres pesetas.)

MANUEL. ¿Sabe usted que el trato de don Valeriano no me parece de lo más exquisito?

CESAREO. Es un pobre hombre, que porque tiene treinta mil duros, viste á lo señor los domingos, sin calcular que la levita no es más que un signo de educación, y que, por lo tanto, se le despega.

MANUEL. En cambio hay muchos que, olvidando este precepto, la convierten en signo de posición, y extienden su brazo más de lo que buenamente alcanza.

MOZO. (Dando á Cesáreo una moneda.) Dos reales que sobran, señorito.

CESAREO. (A don Manuel.) Es verdad. Para tí; guárdatelos. (Al Mozo.)

MOZO. Gracias. (Vase.)

EMILIA. (Aparte, señalando á su marido.) (¡Ecce-homo!)

## ESCENA XI

EMILIA, CESAREO, DON MANUEL y ROSA

ROSA. Señor, esta carta han traído para usted. (Le da una.)

CESAREO. Venga. (A don Manuel.) Con permiso. (Se pone á leerla.)

## ESCENA XII

DICHOS menos ROSA

EMILIA. ¿Conque mañana nos deja usted?

MANUEL. Es preciso, Emilia.

CESAREO. (Demudado.) (¡Jesús!)

MANUEL. Pero pronto volveré, y podremos recordar nuestros banquetes de antaño.

EMILIA. ¿De quién es esa carta? (A Cesáreo.)

CESAREO. (Guardándosela.) De un amigo que me da los días anticipadamente.

MANUEL. ¿Pues cuándo son?

EMILIA. Mañana.

MANUEL. ¡Hombre! ¡Qué lástima! Si no tuviera que marcharme, los celebraríamos comiendo juntos en la fonda. Me gustaban á mí aquellas reuniones en Santander, y deseo repetirlas.

CESAREO. Pues no hay más que convertir la comida en almuerzo, y en vez de ir nosotros á la fonda, venirse usted á nuestra casa.

MANUEL. No es lo mismo; porque yo quería ser el anfitrión.

CESAREO. Mañana es de rigor que haga yo esas veces.

MANUEL. Como usted quiera. Pero no olvide usted que el Borgoña sigue siendo mi vino predilecto.

EMILIA. (Aparte.) (¡Borgoña!)

MANUEL. ¡Ah! ¿Le sería á usted molesto acompañarme á dos ó tres partes á que tengo que ir?

CESAREO. Cuando usted guste.

MANUEL. Pues si permite usted que me pase un cepillo, podemos emprender la marcha al momento.

CESAREO. Pase usted aquí, á mi gabinete. (Don Manuel vase por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA XIII

### EMILIA y CESÁREO

EMILIA. Ya lo has oído, mañana viene á almorzar.

CESAREO. Sí. (Ensimismado.)

EMILIA. Hay que comprar una media vajilla, y esta misma noche he de hacer algunos preparativos, porque tenemos que tratarle como quien es. Por consiguiente, tráeme

luego la paga esa anticipada, y venga otro mes de apuros.

CESAREO. (Saltándosele las lágrimas.) ¡Emilia mía! ¡Si acaban de dejarme cesante!

EMILIA. ¿Qué? (Asombrada.)

CESAREO. Mira. (Le da la carta.)

EMILIA. ¡Jesús mil veces! (Se echa á llorar.)

## ESCENA XIV

DICHOS y ROSA

ROSA. ¡Señora!

EMILIA. ¿Qué? (Enjugándose los ojos.)

ROSA. ¿Me da usted dinero para aceite?

EMILIA. (Aparte á Cesáreo.) ¿Tienes ahí dos reales?

CESAREO. (No, los que me quedaban se los he dado al mozo.)

EMILIA. (¿Y qué hacemos?)

CESAREO. (No sé...)

ROSA. ¿Señora, me da usted eso?

EMILIA. Mira, ahora estamos ocupados... Pásate á la tienda, y dí... que te lo den... que... que ya se pagará. (Vase Rosa. Emilia apenas puede articular esta frase, que pronuncia mirando á su marido, como quien teme recordarle las palabras del señor Valeriano. Cesáreo, que á su vez pasa por la misma situación, contempla á su mujer con los ojos arrasados en lágrimas: en este estado les sorprende la primera parte del bolero que Isabel desde dentro ejecuta en el piano; y no pudiendo dominar su emoción, lanzan un grito, y quedan como petrificados de espanto.)

CES. }
EMILIA. } ¡Ah!

## ESCENA XV

DICHOS y DON MANUEL; á poco ISABEL

MANUEL. ¿Vamos?

CESAREO. Sí, cuando usted guste. Adiós, Emilia.

MANUEL. Si tardamos, no esté usted impaciente.

CESAREO. Adiós, Isabel.

ISABEL. (Dentro.) ¡Voy, papá! (Saliendo.) ¿Has oído la primera parte del bolero?

CESAREO. Sí, sí. (Desaparece maquinalmente.)

MANUEL. Y muy bien tocada. (Pausa.) Ahora á la segunda.

(Emilia sentada junto al velador.)

ISABEL. La segunda es más difícil.

MANUEL. Ya la repasaremos juntos.

ISABEL. ¡Qué! ¿Usted la sabe?

MANUEL. (Muy perceptiblemente.) Sí, hija, sí; yo toco todo ese bolero. (Isabel los despide en la puerta.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración, alumbrada por un quinqué colocado sobre la mesa velador.

## ESCENA PRIMERA

EMILIA é ISABEL

ISABEL. Algo tienes, por más que te empeñes en negármelo.

EMILIA. No, hija, ya te he dicho que es ese dolor que se me fija en las sienes de vez en cuando.

ISABEL. No, mamá, por eso no se llora, y desde que se marcharon papá y don Manuel, no hacen tus ojos más que verter lágrimas.

EMILIA. Es que todo influye: agrega á mi excitación nerviosa el que se fueron á poco de almorzar, y á las siete y media que son, no han venido todavía.

ISABEL. Pretextos, nada más que pretextos. Harto sabes que se habrán metido en cualquier fonda, cuando en vista de que no habían vuelto á la hora ordinaria, has dispuesto que comiésemos solas, ó más bien que nos sentáramos á la mesa, para dar delante de la criada un espectáculo de suspiros y aflicciones.

EMILIA. Tú no puedes apreciar aún estas bagatelas; pero la mujer que quiere á su marido, como yo á tu padre,

sufre por cualquier incidente extraordinario, y le comenta de mil absurdas maneras.

ISABEL. Pues, mamá, permíteme que te diga que en este caso, llevas tu interés á la exageración. Si fuera una hora descompasada... Pero ahora que pienso... ¿nacerá tu temor de que vaya acompañado de don Manuel? Por ventura los antecedentes de ese caballero...

EMILIA. No, hija no: don Manuel es una persona dignísima, y lejos de esquivar su trato, debemos honrarnos con él, mayormente cuando está en vías de dispensarnos un inmenso beneficio.

ISABEL. ¿Cuál?

EMILIA. Un destino de muchísima importancia, cuyo sueldo no bajará de treinta ó cuarenta mil reales.

ISABEL. ¡Ay, qué gusto! ¡Si Dios es bueno!

EMILIA. Aún no es cosa decidida; porque para ello se exige una condición de que nosotros no participamos. (Se enjuga los ojos.)

ISABEL. ¡Ya vuelves á afligirte! ¡Pero, mamá!...

EMILIA. Si no es nada, hija; de veras no es nada: tonterías, pienso si les habrá ocurrido algo, si los habrá atropellado algún carruaje.

ISABEL. ¡Pero... ni que fuesen unos niños! ¡Jesús, qué puerilidades se te ocurren! Vamos, alégrate, que ya los tienes ahí. (Emilia se enjuga el llanto, haciendo la mayor violencia para atribuir á sus lágrimas una causa fútil.)

## ESCENA II

### DICHAS; CESÁREO y DON MANUEL

CESAREO. ¿Qué es eso?

ISABEL. Mamá, que inquieta por tu tardanza, estaba forjándose mil quimeras.

MANUEL. Pero hija... ¿No la dije á usted que no estuviera impaciente?

EMILIA. Sí, pero no puede evitarse...

CESAREO. ¿Supongo que habréis comido ya?

EMILIA. Hace poco.

ISABEL. Por lo menos hemos hecho la ceremonia.

MANUEL. Sí, porque nosotros, muy agenos de la inquietud en que usted estaba, nos hemos metido en una fonda.

ISABEL. ¿Lo ves tontita?

MANUEL. Por cierto que nos ha pasado una cosa que ha tenido gracia. ¿Verdad, Cesáreo?

CESAREO. Hombre, sí que ha sido un lance original.

ISABEL. ¿Cual?

EMILIA. ¿Se han encontrado ustedes sin dinero? (Adivinándolo á pesar suyo.)

MANUEL. Precisamente.

ISABEL. ¡Qué vergüenza!

CESAREO. Figúrate dos hombres con siete pesetas, que por todo capital llevaba don Manuel, y precisados á pagar una cuenta de ciento cincuenta y cinco reales.

MANUEL. Sí, porque lo gracioso es que yo, no acordándome del dinero que tenía, y siguiendo mi tradicional costumbre de tratarme bien, empecé á pedir Borgoña, Campagne, y en una palabra, cuanto constituye una comida confortable.

EMILIA. ¿Y cómo han salido ustedes del apuro? (Esforzándose por reir.)

MANUEL. Al pronto estuve por quedar en rehenes, mientras Cesáreo venía por dinero; pero como el tiempo le necesitábamos para conseguir nuestras diligencias...

CESAREO. Sí; hablé con el dueño y le dije la verdad, que inadvertidamente había salido sin un cuarto, y que me encontraba en aquel trance á pesar mío; pero el hombre fué considerado, y aunque se resistió un poco, me dejó marchar al fin.

EMILIA. Pero... ¡qué bochorno!

CESAREO. Yo estaba como una amapola.

EMILIA. ¿Qué habrá dicho aquella gente?

MANUEL. Nada. ¿Pues usted cree que no conocen ellos á las personas solventes?

ISABEL. Eso sí.

MANUEL. De sobra saben que esta misma noche quedarán pagados.

CESAREO. Por supuesto. Toma la cuenta, y que lleven en seguida su importe. (Dándosela á Emilia.)

MANUEL. Hombre, no le debía dejar pagar á usted; pero sería un alarde ridículo no teniendo con qué hacerlo.

EMILIA. ¡No faltaba otra cosa!

CESAREO. Por Dios, don Manuel, no estoy tan pobre que no tenga con qué convidar á la fonda á un amigo.

EMILIA. No nos avergüence usted.

MANUEL. Nada, señores, no insisto; pero por si se prolonga la llegada de mi equipaje, en cuanto salga de aquí, voy á decirle á un primo mío que me dé dinero, porque también tengo que entregar una cantidad á un muchacho que sale mañana para Valencia, con el fin de recoger suscripciones, y... A propósito: ¿les gusta á ustedes el *Fausto?*

ISABEL. ¿La ópera? ¡Es magnífica!

EMILIA. Selva, hace un Mefistófeles inimitable.

CESAREO. ¡Qué tercer acto aquel!

MANUEL. Pues traeré cuatro butaquitas, y nos vamos esta noche al Real.

CESAREO. Por mí, no hay inconveniente.

ISABEL. ¡Ay, qué gusto! (Tarareando la serenata.)

«*Caterine é ser crudelle.*»

MANUEL. Yo creo que así como estoy, podré ir. (Por el traje.)

CESAREO. Perfectamente; lo mismo iré yo.

EMILIA. Nosotras nos pondremos unos vestidos negros de seda.

CESAREO. Sí; ¿qué necesidad hay de vestirse?

MANUEL. Pues nada; pueden ustedes irse arreglando, y en el ínterin, yo me iré á ver á ese pariente.

EMILIA. Anda, empieza tú, Isabel, que siempre tardas más que yo.

ISABEL. Voy.

EMILIA. Y cuando acabes, sácate mi velo, mi vestido, y la chalina de papá.

ISABEL. Pronto estará lista. Hasta luego. (Vase.)

## ESCENA III

DICHOS menos ISABEL

MANUEL. Creo que este año no va muy bien el Real.

CESAREO. Flojillas entradas tienen.

MANUEL. Las pérdidas son considerables, según decía aquel caballero en el Casino.

EMILIA. (Sobresaltada.) ¡Ah! ¿Han estado ustedes en el Casino?

CESAREO. Sí, un rato.

EMILIA. Vamos, entonces ya me explico la tardanza.

MANUEL. ¡Qué maliciosa es usted!

EMILIA. ¿Qué apostamos á que ha habido su poco de juego?

MANUEL. Esta Emilia es zahorí.

CESAREO. Algo tiene de adivina.

MANUEL. Pues efectivamente, nos hemos permitido esa pequeña libertad, mientras se disipaban los vapores de la comida.

EMILIA. Pero, ¿cómo... si no llevaban ustedes dinero?

MANUEL. Sí, porque á su marido de usted no le conoce todo el mundo.

CESAREO. Había allí un sujeto que me da hasta la fábrica de moneda si se la pido.

EMILIA. ¿Por supuesto, que habrán perdido ustedes?

MANUEL. Señora... yo les he ganado cinco duros. (Con cómica importancia, enseñando la moneda.) Si casi estoy por dejar de constituir la sociedad de préstamos reintegrables.

CESAREO. Es claro, habiendo descubierto esa mina. (Siguiendo la broma.)

MANUEL. ¡Já, já, já!... (Riendo.)

EMILIA. ¿Y tú, Cesáreo?

MANUEL. A Cesáreo no le ha ido tan bien.

EMILIA. ¿Has perdido?

CESAREO. Sí, una bagatela.

EMILIA. ¿Cuánto? (Con el mayor interés.)

MANUEL. Sobre mil reales.

EMILIA. ¡Jesús! (Horrorizada.)

MANUEL. Pues hija, apenas le da usted importancia.

CESAREO. Cualquiera que te oyese, no conociendo mi posición, creería que esos mil reales iban á hacerte falta para comer.

EMILIA. No; es... es la idea del juego, que me hace un daño horroroso.

CESAREO. ¡Aún tendré que pedirla perdón de rodillas!

MANUEL. (Aparte á Cesáreo.) (Pronto están ajustadas las paces; se gasta usted otros cincuenta duros en un corte de vestido, y se queda tan contenta.)

CESAREO. (Aparte á don Manuel.) (Eso haré.)

MANUEL. (Aparte á Cesáreo.) (Las mujeres no sienten las pérdidas del juego por el dinero, sino por el valor del adorno ó de la joya que hubieran podido comprar con él.)

CESAREO. (Es verdad.)

MANUEL. Yo me estoy con esta calma, y la función empieza á las ocho y media. ¡Ea! Hasta ahora mismo. Ustedes ya estarán listas, ¿eh?

EMILIA. Sí.

MANUEL. Pues vuelvo al instante. Adiós. (Vase.)

CESAREO. Adiós; Rosa, alumbra. (Acompañándole.)

## ESCENA IV

### EMILIA y CESÁREO

EMILIA. ¡Cesáreo! (Llorando.)

CESAREO. Hija, haz el favor de no angustiarme más, cuando estoy que ahogárseme puede con un cabello.

EMILIA. ¿Pero cómo ha sido el abandonarte de ese modo? ¿Por qué has jugado?

CESAREO. Ya me resistí, como puedes suponer que lo haría; pero la maldita casualidad hizo que me encontrase allí á un compañero de oficina, que puso á mi disposición su bolsillo, y hostigado por don Manuel, que me decía...

«á ver si sacamos lo de la fonda,» recordando que le tengo ofrecido un almuerzo, y que en mi casa no hay ni dos reales para aceite, acepté; la suerte me fué adversa; la idea del desquite me sedujo... y á no tomar la resolución de marcharme, no se de pérdida en pérdida á dónde me hubiera conducido el vértigo.

EMILIA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo no puedo vivir así. ¿Por qué no hemos de decir francamente cuál es nuestra posición?

CESAREO. ¿Para renunciar á toda esperanza? ¿Para que el mundo te desprecie, ó dar derecho á que los más caritativos te pongan una peseta de limosna en la mano? ¿Tú te figuras que si don Manuel no me creyera rico, se hubiera acordado ni remotamente de mí para ese empleo? Pues lo mismo son todos. Con un hombre de sus circunstancias que me juzga su igual, no hay más remedio que proceder así, mayormente cuando espero algo de él.

EMILIA. ¿Pero mañana?...

CESAREO. Mañana almorzará con nosotros, y tendrá Borgoña y Champagne.

EMILIA. Si se compran con lágrimas, no lo dudo.

CESAREO. Por Dios, Emilia; esta no es ocasión de compungirse, ni de filosofar. Lo hemos de hacer; pues lo que importa es averiguar el cómo.

EMILIA. Tú dirás.

CESAREO. Yo, mientras me quede una hilacha, no me atrevo á pedir dinero á nadie. (Con temor.) ¿Qué tenemos para poder empeñar?

EMILIA. Ropa exterior, y cuatro cubiertos de plata.

CESAREO. Los cubiertos se necesitan indispensablemente para el almuerzo. ¿Y de ropa blanca, cómo estamos?

EMILIA. Tenemos la puramente precisa.

CESAREO. Pues no hay más remedio que empeñar mi levita y tu vestido nuevo de gro... (Emilia se echa á llorar.) ¡Mujer! Por la Virgen Santísima, no me apures más de lo que estoy.

EMILIA. ¿Pero no reflexionas que por ese empeño nos darán una futesa.

CESAREO. Es verdad. Pues nada, el todo por el todo. Te llevas eso á una prendería, y lo vendes lo mejor posible.

EMILIA. ¡Dios de mi alma!

CESAREO. ¡Ah! ¿Tú dices que necesitas el dinero esta misma noche?

EMILIA. Sí.

CESAREO. Entonces habrás de renunciar al teatro, porque... no teniendo más vestido que ese...

EMILIA. Daré cualquier pretexto, y me vendrá muy bien el no ir, porque ya debes suponer que hoy la ópera, en lugar de divertirme, me serviría de martirio. A todo esto, saldremos del compromiso de mañana... Pero... ¿y luego?...

CESAREO. ¡Toma! Luego... luego tendré ya ese destino.

EMILIA. Si hasta dentro de dos meses no puede constituirse la sociedad.

CESAREO. Cierto: pero mujer, ¿desgracia será que no encuentre yo una colocación hasta entonces?

EMILIA. ¿Y sabes si entonces serás tú el agraciado? ¿Cuentas ya con esos cinco mil duros?

CESAREO. No, pero confío tenerlos. El señor Valeriano...

EMILIA. El señor Valeriano, ya te ha dicho terminantemente que no.

CESAREO. Bien; pero tales circunstancias pueden mediar, que el hombre se resuelva á hacerlo. Figúrate que Isabel correspondiera á su cariño.

EMILIA. No lo esperes.

CESAREO. ¿Qué sabemos? Emilia... Bien mirado, yo no encuentro tan absurda su pretensión.

EMILIA. No, absurda no es. El tiene buen fondo.

CESAREO. Es honrado.

EMILIA. Parece que la quiere.

CESAREO. Y luego, que no hay tanta diferencia de posición. Ella, por más vueltas que le demos, no es más que la hija de un empleado.

EMILIA. El, al fin, es un comerciante.

CESAREO. Y no le falta talento.

EMILIA. Isabel debe mirar por su porvenir.

CESAREO. Y nosotros, naturalmente, como padres, tenemos el deber de aconsejarla, lo que en nuestro concepto pueda convenirla.

EMILIA. Sí, porque aquí no es una mira egoísta la que nos impulsa, sino su bienestar.

CESAREO. Naturalmente. Nosotros sólos, soportaríamos con resignación nuestra miseria; pero hacer partícipe de ella á nuestra hija, sin proponerle antes los medios de evitarla...

EMILIA. No, no; ¡pobrecita!

CESAREO. Isabel se ha resistido, porque sin duda no se ha parado á reflexionar; pero en cuanto conozca su verdadera posición, comprenderá que la conviene, y así debemos hacérselo ver.

EMILIA. Por supuesto, dejándolo á su albedrío, y sin la menor violencia de nuestra parte.

CESAREO. ¡Pues no faltaba otra cosa! Para que luego creyesen que tratábamos de hacer una especulación. No, no; si ella se decide, que sea muy feliz con su marido, que nosotros con nuestra secretaría, ya procuraremos serlo.

EMILIA. Ahí tienes una manera de que se arreglase todo perfectamente; porque tú calcula de qué carecería nuestra hija, teniendo treinta mil duros de capital.

CESAREO. No solo, eso, sino que imponiendo Valeriano esos cinco mil duros, y recayendo por consiguiente sobre mí la administración de la sociedad, le tendría al corriente de todas las fluctuaciones y asuntos privados, y sabe Dios el interés que podría sacarle á ese dinero.

EMILIA. ¡Figúrate tú!

## ESCENA V

DICHOS; ISABEL, con un vestido negro de seda, un velo y una chalina cuadrada de lana, que deja sobre la silla en que está la levita de su padre.

ISABEL. Ya estoy lista. Aquí tienes lo que me pediste.

EMILIA. Bueno: déjalo sobre una silla y acércate, que tenemos que hablar de cosas muy importantes.

ISABEL. ¿De veras?

CESAREO. Y tan de veras.

EMILIA. ¿No te decía yo que las madres somos muy linces, y que no se nos escapa nada de cuanto pueda tener relación con nuestros hijos?

ISABEL. No entiendo...

CESAREO. ¡Amigo mío! Conque el señor Valeriano...

ISABEL. ¿Ya empezáis con vuestras bromas?

EMILIA. ¡Buenas bromas! Y ha venido á pedirnos tu mano solemnemente.

ISABEL. (Riéndose.) ¿Si? ¡Pobre hombre!

CESAREO. Eso de pobre, poco á poco, que tiene treinta mil duros de capital.

EMILIA. Y á mí se me figura que ha de ser feliz la que se case con él. (A Cesáreo.)

CESAREO. (A Emilia.) Es que vale mucho. No creas que el señor Valeriano es un hombre vulgar.

EMILIA. Discurre con mucho acierto.

ISABEL. ¿Y qué ha dicho cuando le habéis desengañado?

CESAREO. (Cortado.) Cuando le...

EMILIA. Te diré... Nosotros hemos diferido la contestación, hasta consultar contigo.

ISABEL. Encuentro inútil ese paso, cuando de sobra conocéis mis inclinaciones.

EMILIA. No, no; este es un asunto muy grave, en el que se trata de la felicidad de toda tu vida.

CESAREO. Ya ves, se te brinda con una fortuna; y mediando intereses, no podemos dejar de someterlo á tu decisión.

ISABEL. No me seduce el dinero.

EMILIA. Sin embargo, tú estás ya en el caso de asegurar tu porvenir. ¿Quién puede prever el mañana? Si nosotros faltamos...

ISABEL. ¡Mamá, por Dios!

CESAREO. No hemos de ser eternos.

ISABEL. ¡Qué insistencia!

CESAREO. Esto es hijo del interés que naturalmente nos inspiras. El partido...

EMILIA. Es muy aceptable.

ISABEL. Pero el señor Valeriano...

CESAREO. Es la honradez personificada.

EMILIA. Y está enamoradísimo de tí.

ISABEL. Pero su posición... (Apurada por la insistencia de sus padres.)

CESAREO. ¡Su posición, su posición! ¿Si creerás que difiere tanto de la tuya? Sería un ridículo alarde de orgullo suponer que puedes aspirar á algún título de Castilla.

EMILIA. El es un comerciante rico.

CESAREO. Y tú la hija de un empleado.

ISABEL. (Afligiéndose.) ¿Si es que esta unión os halaga?

EMILIA. A nosotros, por tu bien.

CESAREO. Justo.

ISABEL. (Llorando.) ¿Si exigís que se lleve á cabo?...

CESAREO. (Conmoviéndose.) Exigir...

EMILIA. Nunca.

ISABEL. ¿Si os soy gravosa en casa?... (Agobiada por el llanto.)

EMILIA. ¿Qué dices? ¡Hija de mi corazón! (Llorando, y recibiendo en sus brazos á Isabel.)

CESAREO. (Con emoción.) Puedes creer... (Pausa.)

EMILIA. ¡Nunca! ¡Nunca! Pero hay una historia de lágrimas que tú desconoces, y de la que no es posible que te hagamos partícipe pudiendo evitarlo.

ISABEL. ¿Qué? ¡Habla!

EMILIA. Que tu padre está cesante.

ISABEL. (Aturdida.) ¡Cómo!

EMILIA. Y sólos nos será más soportable la miseria. Pero verte á tí carecer de lo necesario...

ISABEL. Sí; decidle en seguida que accedo á su pretensión. (En un esfuerzo supremo.)

EMILIA. (Afligida.) ¡Isabel!

CESAREO. (Afligido.) Reflexiona...

ISABEL. ¿Qué menos puede hacer una hija por sus padres?

EMILIA. Pero te impones un sacrificio que nosotros no podemos aceptar.

ISABEL. No; cumplo con mi deber.

CESAREO. El nuestro es evitar tu desgracia.

ISABEL. No insistáis.

EMILIA. Siempre, hija mía: todo por tí; nada para nosotros.

ISABEL (En el colmo de la abnegación.) Pues bien; no me lo agradezcáis; es un fin egoísta el que me propongo. Me asusta la pobreza, y quiero verme libre de privaciones. Por mí, por mí únicamente; creedme. (Llorando.)

EMILIA. }
CES. } ¡Isabel!

ISABEL. Alguien viene. Si es él, acelerad mi boda lo posible, y no olvidéis que mi resolución es irrevocable. (Vase enjugándose el llanto, mientras sus padres la miran absortos. Pausa.)

CESAREO. ¡Ella lo exige!

EMILIA. ¡Cesáreo! No ejecutemos sus órdenes hasta darnos cuenta de si obedecemos á un impulso paternal, ó satisfacemos tan sólo un miserable egoísmo.

CESAREO. ¡Nunca!

EMILIA. ¡Dios lo haga!

## ESCENA VI

### DICHOS y el SEÑOR VALERIANO

VALER. Buenas noches tengan ustedes.

CESAREO. ¡Hola, señor Valeriano!... ¿qué hay?

VALER. Nada de particular.

CESAREO. ¿Se averiguó ya lo de Alicante?

VALER. En eso estoy. Mire usted, ahora vengo de cobrar una letra de dos mil quinientos reales, de un amigo que es otro de los víctimas de esos bribones. Conque antes de

ir á casa, he dicho: «Déjame subir, y si está don Manuel, le entregaré la carta que me pidió.»

EMILIA. No hace mucho que se fué. Sin embargo, volverá en seguida.

VALER. Hombre, usted me perdonará, pero si no fuese tan amigo suyo, creería que el tal don Manuel, es algún pájaro de cuenta.

CESAREO. ¿Por qué, señor Valeriano?

VALER. Por todo eso que nos ha contado esta mañana. La casualidad de no llegar su equipaje; la casualidad de traer el dinero en la maleta; la casualidad de estar preso por tener valores sobre la causa en cuestión... Vamos, son muchas casualidades.

EMILIA. ¡Qué malicioso es usted!

CESAREO. ¿Pero usted no calcula que si no lo dijera inocentemente, se abstendría de dar unas noticias que tanto pueden perjudicarle?

VALER. ¡Toma! Es que hay bribones muy refinados que engañan con la verdad para alejar toda sospecha.

EMILIA. Don Manuel es todo un caballero.

CESAREO. No lo dude usted; si se cuida tan poco de referir ciertos detalles, es porque abriga la seguridad de que los que conozcan su posición, no han de comentarlos...

VALER. No; yo no tengo motivos todavía, aun cuando he adquirido ciertas noticias que...

CESAREO. ¿Qué?...

VALER. (Aparte.) No, nada, yo lo aclararé.

CESAREO. Ya ve usted; viene á constituir una sociedad en que están interesados los primeros capitalistas de Madrid...

VALER. Que les haga muy buen provecho.

CESAREO. ¿Es decir, que usted se resiste?...

VALER. Con todas mis fuerzas.

CESAREO. Ni en obsequio mío...

VALER. Por ahora, don Cesáreo, me es imposible desprenderme de esa cantidad. (Cesáreo mira á Emilia, como quien le pide un consejo.)

EMILIA. (Aún no, espera.) (Aparte á Cesáreo, comprendiéndole.)

VALER. Y crea usted que yo nunca me niego á hacer un favor sin graves motivos.

CESAREO. (¿Qué hago?) (Aparte á Emilia.)

EMILIA. Entonces voy á aprovechar (Evitando que hable su marido.) la oeasión para pedirle á usted uno.

VALER. Si está en mi mano, concedido. (Cesáreo extraña las palabras de Emilia.)

EMILIA. Se trata de un amigo nuestro que ha ocupado una brillante posición, y el pobre se encuentra en el día sin recursos de ningún género.

VALER. Es claro; se habrá querido dar lustre gastando más de lo que tuviera... ¿Y es sólo, ó con familia?

EMILIA. Casado, y con una niña de... la edad de nuestra Isabel.

VALER. ¡Bribón! Ustedes perdonen, pero cuando se tienen hijos, no disculpo ciertas faltas. ¿Y qué pide?

EMILIA. Ha solicitado inútilmente un destino político, y quisiera que usted que tiene relaciones en el comercio, viese si le podía conseguir una colocación en alguna oficina particular. (Mirando á su marido.)

VALER. ¡Pues á buena parte acude! Si con las quiebras y las crísis, todos los comerciantes han tenido que despedir dependientes.

EMILIA. ¡No sabe usted la obra de caridad que haría!

VALER. Hija, yo, qué quisiera...

EMILIA. Ayúdame tú, Cesáreo.

CESAREO. Sí, efectivamente, el pobre está muy mal.

EMILIA. Acaso mañana no tenga pan que llevar á su familia.

VALER. ¡Pero si es imposible! (Enternecido.)

EMILIA. ¿Y si es paraevitar que ese hombre falte á sus deberes?

VALER. Señores, yo no puedo oir lástimas. Lo que me piden, no hay medio de lograrlo; pero si tan extrema es la necesidad, que se pase mañana por mi casa, y le daré un bono para que le admitan de peon en mi obra.

EMILIA. ¿Qué?

CESAREO. (¿Té convences?) (Aparte á Emilia.)

EMILIA. Se lo agradezco á usted, señor Valeriano, pero el sujeto en cuestión, es una persona decente.

VALER. Señora... ¿usted cree que los peones de albañil se sacan del presidio?

CESAREO. No; pero la educación enerva, y ciertos trabajos materiales...

VALER. Hombre, no se trata de que cargue con una viga, se le tendrán consideraciones, empleándole en cosas que no exijan fuerzas; pero al menos, cuando llegue la noche, habrá podido comer unas patatas, y se acostará con la conciencia tranquila.

EMILIA. Con todo, la educación...

VALER. Cuando hay hijos, no deben mirarse pequeñeces. ¡La educación! ¿Pues por ventura va á perderla porque amase yeso? Yo tengo treinta mil duros, y no gasto en mi persona arriba de tres pesetas diarias. Los que no piensan como yo, se me ríen; pero en cambio, evito verme como ese prójimo, á quien todo el mundo vuelve la cara porque pide, mientras que él en su orgullo escupe la del que le ofrece pan con que matar el hambre.

CESAREO. (Aparte á ella.) (No hay remedio.) Vamos, bien; yo le haré la proposición; pero no se incomode usted con nosotros, que nada tenemos que ver con el orgullo de los demás.

VALER. Sin querer me acaloro y...

CESAREO. Y lanza usted una catilinaria á quien por el contrario solo debe usted satisfacciones.

VALER. ¿Cómo?

EMILIA. (Aparte á su marido.) (¡Cesáreo!)

CESAREO. (Aparte á Emilia.) (Elige.) (Emilia baja los ojos.)

VALER. Don Cesáreo, si no es lo que sospecho, déjeme usted en la duda, porque en este instante soy el más feliz de los hombres.

CESAREO. Es usted perspicaz.

VALER. (Lleno de alegría.) ¿Qué... Isabel?...

EMILIA. (Luchando aún.) Isabel...

CESAREO. (Interponiendo su frase.) Accede.

EMILIA. (Aparte.) (Dios mío.)

VALER. (Ebrio de alegría.) ¿Que accede? ¿Es decir, que podré llamarla mi esposa? Señores, si no fuera por vergüenza me echaba á llorar de alegría. ¿Pero voluntariamente, eh?

CESAREO. Por supuesto. Reconoce en usted excelentes cualidades de cariño y honradez.

VALER. Doña Emilia, don Cesáreo; yo soy un hombre que no sabe decir las cosas bonitas; pero á mi modo les juro á ustedes que he de hacer á su hija la mujer más feliz de la tierra.

EMILIA. Es todo nuestro afán.

VALER. Por supuesto, no permito que se gasten ustedes un cuarto en dote ni en ajuar, nada, nada; quiero que mi mujer me lo deba todo: que bien poca recompensa es á la felicidad que me concede.

EMILIA. (Aparte mirándole.) (¡Qué hombre este!)

CESAREO. No insisto sobre este particular, porque debiendo ser pronto la boda según calculo...

VALER. Al momento.

CESAREO. Me sería imposible disponer de dinero, toda vez que mi imposición no vence hasta Octubre.

VALER. ¿Cobrará usted los intereses por trimestres?

CESAREO. Sí, señor; es una cosa eterna; á lo mejor me encuentro en unos compromisos... Ahora por ejemplo... he tenido algunos gastos (Emilia le oye con temor.) extraordinarios, y como hasta principios de Abril no hay liquidación... temo que me falten fondos.

VALER. Hombre, si no es mucho lo que necesita usted... porque como la obra traga tanto...

CESAREO. No, poco.

VALER. Aquí traigo dos mil quinientos reales que vengo de cobrar... (Sacando tres billetes.)

CESAREO. Bastaría con eso.

VALER. Le daré á usted los dos mil y me quedaré con los quinientos, porque hasta el veintiséis no me vencen letras, y no tengo en casa más que el dinero del cajón.

(Cesáreo finge no quererlos, hasta que al fin acepta, vista la insistencia del señor Valeriano.)

CESAREO. Corriente. (Toma los dos billetes de mil reales.)

EMILIA. (Aparte á Cesáreo.) (¿Qué haces?)

CESAREO. (Evitaros el hambre.) Voy á extender el recibo.

VALER. Vamos, vamos, no me ofenda usted ó tendré que firmarle un resguardo del Tesoro que me acaba de confiar.

CESAREO. ¡Qué tal si es galante el señor Valeriano!

VALER. Qué... ¿he dicho algo bueno? Pues mire usted, toda mi retórica la llevo aquí. (Por el corazón.)

## ESCENA X

### DICHOS y DON MANUEL

MANUEL. ¿Ya están ustedes listos? Son las ocho y cuarto. Hola. (Saludando al señor Valeriano.)

VALER. Felices. (Pues señor, me es antipático.)

MANUEL. Yo no he mandado por las localidades por si no se las daban buenas al camarero.

CESAREO. Pero don Manuel; ¿usted no sabe que los forasteros no pagan nunca? Ya las tomaré yo.

MANUEL. Nada, nada. Me dejo querer. Algún día me tocará el turno.

CESAREO. Usted se vendrá con nosotros, señor Valeriano.

VALER. ¿Adónde?

CESAREO. Al Teatro Real.

VALER. Hombre, no: ustedes irán á lunetas.

CESAREO. ¿Y qué?

VALER. Que yo cuando voy me meto arriba.

MANUEL. ¿Y cómo un hombre de la posición de usted no tiene un abono de butaca y se va á sudar el quilo en el paraiso?

VALER. Para no hacerme mañana un tostón en el infierno.

CESAREO. Pues esta noche nos pertenece usted.

VALER. Pero si los chicos no lo saben.

CESAREO. Se les dice, que cerca están.

VALER. Es que yo tengo costumbre de cenar con ellos á las diez.

CESAREO. Pues se hace usted un poco de violencia y á la salida entramos los cinco á cenar en los Cisnes, ¿eh?

MANUEL. Admirable.

CESAREO. (Con intención.) Todos vamos.

VALER. Aún me sacará usted de mis casillas.

CESAREO. ¡Sí, hombre!

VALER. Pues aviso en casa y vuelvo: hasta ahora. (Vase.)

## ESCENA XI

DICHOS menos el SEÑOR VALERIANO

MANUEL. ¿Usted, Emilia, no se viste?

EMILIA. Yo, á la verdad, preferiría quedarme.

MANUEL. ¡Pues estaría bueno! No señor, todos, todos. Y la niña. (Subiendo al foro para llamarla.) ¡Isabel! ¡Isabel! En marcha.

CESAREO. (Vente, ya no se necesita vender eso.) (Aparte á Emilia.)

EMILIA. (Tengo que disponer el almuerzo.) (Aparte á Cesáreo.)

CESAREO. (Mañana á primera hora.)

MANUEL. (Bajando.) Pues señor, vengo de reñir para siempre con mi primo.

CES. / EMILIA. } ¿Por qué?

MANUEL. Porque ha hecho conmigo una cosa muy fea; fuí, como les dije á ustedes, á pedirle dinero, y me salió conque los tiempos están muy malos, que hay mucha miseria, que no le pagan lo que le deben...

EMILIA. Eso es verdad.

MANUEL. Convenido; y haciéndome cargo de ello, le supliqué que me entregara tan solo dos ó tres mil reales para dárselos á ese chico esta noche, con el fin de que se marche á Valencia á primera hora. Pues ha empezado con pretextos y evasivas... y, en una palabra, me los ha negado, diciéndome que no tenía tanto en su poder. Dígame usted qué persona medianamente acomodada se queda sin dos mil reales en su pupitre para cualquier evento.

EMILIA. (¡Ay, Cesáreo!) (Aparte á su marido.)

CESAREO. (Mujer.) (Aparte á Emilia.)

MANUEL. Se ha oído buenas cosas y no vuelvo á saludarle. Por lo pronto se queda sin doscientas acciones que le tenía destinadas.

EMILIA. Ha procedido mal.

MANUEL. ¡Y tanto! Teniendo parientes, ¿qué necesidad había de que yo viniese á molestarle á usted por una cosa tan insignificante?

CESAREO. Verdaderamente. (Aturdido.)

MANUEL. De modo que ya me hará usted el favor...

CESAREO. Cuando usted guste.

MANUEL. Ahora; he citado en el Real al chico ese, y...

CESAREO. ¿Ahora?

MANUEL. Sí, porque no creo que usted sea de los que no tienen dos mil reales en su casa. (Riendo.)

CESAREO. ¡Quiere usted callar, hombre!... (Sacando los dos billetes y dándoselos á don Manuel.)

EMILIA. Cesáreo nunca lleva menos dinero en el bolsillo.

## ESCENA XII

DICHOS; ISABEL, con velo puesto.

MANUEL. ¡Hola! ¿Ya está aquí Isabelita? ¿Qué tiene usted? ¿Ha llorado?

ISABEL. No señor.

MANUEL. ¡Vaya que sí! (Hablan aparte, mientras Cesáreo y Emilia hacen lo mismo.)

CESAREO. (No puedes venir ya con nosotros.)

EMILIA. (¡No importa! Pero tú te has comprometido á llevarlos al teatro y á los Cisnes.)

CESAREO. (Es verdad.)

EMILIA. (¿Y con qué lo haces?)

CESAREO. (No sé. Mira, lleva á vender esas prendas, y tráeme en seguida el dinero.)

EMILIA. (¿Y el convite de mañana?)

CESAREO. (¡Por vida de...!)

EMILIA. (Además, ¿cómo salgo de aquí sin infundir sospechas?)

CESAREO. (Pretextaremos algo para no ir al Real.)

## ESCENA XIII

DICHOS; el SEÑOR VALERIANO, que va á colocarce junto á Manuel é Isabel.

VALER. Aquí me tienen ustedes á su disposición. (Viendo á Isabel.) Buenas noches, Isabelita.

MANUEL. ¿Ya no falta nadie? Pues no hay tiempo que perder. Andando. ¿Pero qué es eso? ¿Aún no está usted vestida? (A Emilia.)

EMILIA. Yo no voy.

MANUEL. ¿Por qué?

EMILIA. Me siento un poco indispuesta.

ISABEL. Entonces me quedo yo contigo.

EMILIA. No, hija; si no es nada.

MANUEL. Vamos, alguna pasión contrariada.

CESAREO. Milagro que no se suscitaba algún inconveniente. (Fingiendo mal humor.)

VALER. Eso se pasará oyendo la música.

CESAREO. Siempre has de aguar la fiesta.

EMILIA. Pero hombre, ¿tengo yo la culpa de no estar bien?

MANUEL. Lleva razón Emilia. ¿Qué necesidad hay de que pase un mal rato? Nos vamos nosotros, y...

CESAREO. No hay vez que me proponga tener una expansión con ellas, que no suceda una cosa parecida. Porque no va su madre, tampoco va Isabel. Pues ea, no va nadie, y todo resuelto. (Pausa. Muy incomodado toma una silla y se sienta junto á su mujer, que á su vez, lo está al lado del velador. A la izquierda de ésta, permanece de pie don Manuel; y la niña, que se ha visto obligada á separarse de Emilia para dejar sitio á su padre, queda con el señor Valeriano á la derecha de aquél. Gran pausa y un silencio sepulcral, como acontece siempre que se suscita alguna cuestión de familia con testigos presenciales extraños á ella.)

## ESCENA XIV

DICHOS; un NIÑO de unos diez años muy limpito, pero con unos zapatos remendados, chaquetita abrochada, bufanda rodeada al cuello, mitones de medios dedos de estambre, y una carta en la mano.

NIÑO. Buenas noches. ¿El señor don Cesáreo? (Desde la puerta, con la gorrita quitada.)

CESAREO. ¿Quién? ¿Que se te ofrece, niño?

NIÑO. De parte de mi papá, que haga usted el favor de leer esta carta. (Dándosela. Cesáreo se pone á leerla.)

VALER. Qué despéjadito es. (A Isabel.)

MANUEL. Muy fuerte lo ha tomado. (A Emilia.)

VALER. ¿Cuántos años tienes? (Tocando la barba al Niño.)

NIÑO. Nueve y medio.

ISABEL. ¡Pobrecito!

VALER. ¿Y qué estudias?

NIÑO. Música y cuentas que me enseña mi papá.

CESAREO. No me faltaba más que esto, para acabarme de poner de buen humor.

EMILIA. ¿Quién te escribe esta carta?

CESAREO. Rodríguez.

MANUEL. ¿El chico ese que ví en la estación?

CESAREO. El mismo. Parte el alma. Oigan ustedes. (Leyendo la carta.) «¡Esta tarde, al verificar unos cobros, he tenido »la desgracia de perder un billete de quinientos reales!» (Recitado.) El pobre está de cobrador en una casa de comercio, y con ocho reales que le dan, mantiene á cuatro hijos, y tiene que responder de las faltas y de la moneda falsa.

VALER. ¡Jesús!

EMILIA. ¡Infeliz!

CESAREO. (Al señor Valeriano.) Y yo le he tenido de oficial de Fomento en Santander. (Lee.) «Es la segunda vez que me su»cede este percance, sin que como la primera, abrigue »la esperanza de que mi jefe me exima de reponerlos. »A usted, que conoce mi posición, recurro en este caso,

»á fin de que me libre de verme mañana sin pan para »mis hijos, y en la persuasión de que me lo quitaré de »la boca por devolverle á usted una cantidad para cuyo »reintegro no cuento con más plazo que esta noche.»

VALER. Esos son trabajos. (Enjugándose las lágrimas.)

CESAREO. (Leyendo.) «Le mando á usted ésta con el mayor de mis »hijos, y no voy yo en persona, porque como sabe us»ted, la noche la consagro á lo que en algún tiempo »fué un adorno de mi educación, y hoy es una tarea »nada lucrativa por cierto.» (Recitado.) El pobrecito va por ahí tocando el clarinete en las murgas. (Todos están afligidos. Cesáreo queda ensimismado.)

MANUEL. ¡Mucha miseria hay! ¡Pero si uno fuese á socorrer todas las desgracias! ¡Luego son tantos los que hipócritamente explotan la caridad!...

VALER. El que confiesa su pobreza, y tiene hijos, y se saben sus antecedentes, es digno de que se le socorra. Y sobre todo, usted haga el bien, y no mire á quién.

MANUEL. ¡Ah! Positivamente. No es que yo dude... Tome usted, y délo esto por mí. (Entregando á Cesáreo una moneda de cien reales. A Emilia.) ¿En qué mejor puedo emplear los cien reales que he ganado en el Casino? (Se va paseando hacia el foro.) Y á estas horas ya habrá empezado el *Fausto*. (A Cesáreo.) Hombre, sea usted complaciente.

CESAREO. (A Emilia.) (Quisiera morirme en este momento. ¿Cómo evito el bochorno?)

VALER. (Acercándose á Cesáreo y Emilia con mucha reserva, y dándole al primero un billete, después de lo cual, se dirige á buscar á don Manuel, para impedir que vea lo que pasa en el primer término.) Mire usted, sin que nadie se aperciba, déle usted esto al niño, para que ese pobre hombre no se quede en la calle.

CESAREO. ¡Ah! (Al verse con el billete en la mano, y como encontrando su áncora de salvación.)

EMILIA. (¡Qué corazón tan hermoso!)

VALER. (Yendo al encuentro de don Manuel.) Don Manuel, de aquello he pensado...

CESAREO. (Dándole al Niño los cien reales, y guardándose á hurtadillas el billete, pero no sin ser visto de Emilia.) Toma, Niño, dále esto á tu papá, y díle que lo demás se lo llevaré yo mañana. (Bajo.)

EMILIA. (Horrorizada.) (¡Cesáreo, no!)

CESAREO. (¡Calla!)

NIÑO. Que ustedes lo pasen bien.

VALER. Adiós, hijo mío.

EMILIA. (Aparte á Cesáreo.) (¿Qué has hecho?)

CESAREO. (A Emilia.) (No lo sé. Ya tengo para esta noche.) (Mucha agitación en uno y otro.)

EMILIA. (Aparte á Cesáreo.) (¡Pero eso es un crimen!)

CESAREO. (Aparte á Emilia.) (No, yo se lo devolveré. (Muy marcado.)

EMILIA. (¿Y cómo?)

CESAREO (Vende eso.)

EMILIA. (¡Yo muero!)

CESAREO. Rosa, Rosa.

## ESCENA XV

### DICHOS y ROSA

ROSA. ¡Señor!

CESAREO. Busca dos carruajes; pero volando. (Vase Rosa.)

## ESCENA XVI

### DICHOS menos ROSA

CESAREO. Ea, señores, que ya es muy tarde; al teatro, al teatro.

MANUEL. ¿Al fin se decide usted?

CESAREO. Naturalmente.

ISABEL. (A Emilia.) Yo me quedaré haciéndote compañía.

EMILIA. No, hija; vas á disgustar á tu padre.

ISABEL. ¡Qué fastidio!

VALER. Pero no estando bien doña Emilia podemos quedarnos.

CESAREO. ¡Qué tontería! Si no es nada eso. ¿Nos hemos de pri-

var todos de la ópera por una indisposición... nerviosa que nada significa?

VALER. Hombre, sí que lo siento.

MANUEL. Por mí, lo que ustedes dispongan.

## ESCENA XVII

### DICHOS y ROSA

ROSA. Señor, ya están ahí los coches.

CESAREO. Ya vamos. (Vase Rosa.)

## ESCENA XVIII

### DICHOS menos ROSA

CESAREO. (A Emilia.) Ea, adiós, hija mía. Tómate una taza de café y verás como te alivias.

MANUEL. Sí, y recuéstese usted un poco.

VALER. Si usted quiere, yo me quedaré.

EMILIA. No faltaba más.

ISABEL. (Besándola.) Adiós, mamá. (Todos saludan á Emilia.)

CESAREO. (Llevo un infierno en el alma.)—¿Qué es eso? (Se oye en la calle una murga, que ejecuta la introducción ó paseo de la segunda parte del bolero *La Tertulia*.)

ISABEL. ¡Una murga! (Va al balcón.) y tocan á la puerta de su casa.

VALER. ¡Toma! ¡toma! Que vienen á felicitarle á usted por ser mañana sus días.

CESAREO. ¿Sí? (Empieza la segunda parte del bolero, cuyo canto le constituye un solo de clarinete, armonizándole el resto del instrumental.)

ISABEL. ¡Ay, papá! es la segunda parte del bolero. (Se queda oyéndola.)

CES. / EMILIA. (Aterrados.) ¿Qué?

MANUEL. Obligada de clarinete. Y no lo tocan mal. ¿Qué tienen ustedes? (A Emilia y á Cesáreo.)

CESAREO. ¡Nada!...

VALER. ¿Qué han de tener? lo que yo y lo que todo el que no

carezca de entrañas. (Llorando.) Piensan que mientras nosotros vamos á divertirnos y á cenar muy opíparamente en los Cisnes, ese infeliz Rodríguez acude á su puerta, acaso muerto de hambre, á darle gracias por la limosna que le han hecho.

EMILIA. (¡Oh!)

CESAREO. Sí, eso... eso es...

EMILIA. (Idos, idos... que me ahogo y necesito llorar.) (Aparte á Cesáreo.)

MANUEL. ¿Y qué remedio? Este es el mundo.

CESAREO. Vamos, señores, vamos.

EMILIA. Sí, anden ustedes. (Empujándolos.)

MANUEL. Hay que hacerse superiores.

ISABEL. Adiós, mamá. (Mucha animación y voces confundidas hasta el momento de decir el señor Valeriano su frase en que debe haber silencio para hacerla perceptible.)

VALER. Al menos nos queda el consuelo (A Emilia.) de saber que ese hombre no perdará el pan de sus hijos. (Vase.)

## ESCENA ÚLTIMA

### EMILIA

Emilia, que ha reprimido hasta ahora su llanto, al encontrarse sola le da rienda suelta abandonándose á su dolor: pero repuesta al fin, toma la silla donde están colocados el vestido y demás prendas, y la acerca al velador, extiende sobre éste la chalina, coloca dentro el vestido, y mientras echa mano á la levita, dice recordando la última frase del señor Valeriano.

¡Que ese hombre no perdará el pan de sus hijos! ¡Tal vez sí! ¿Y por quién? Por Cesa... (En este momento tiene la levita en la mano.) ¡Ah! ¡no!... ¡por tí! (Sin poder contener el horror que su vista le inspira, la arroja repulsivamente en el pañuelo.) ¡Maldita seas! (Forma un lio de todo, y poniéndose el velo gana el foro recatándose hasta de su sombra. La murga sigue tocando hasta el final.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

La misma decoración.

## ESCENA PRIMERA

EMILIA y CESÁREO

CESAREO. Ya he traído los vinos y los cigarros: puede venir cuando guste don Manuel.

EMILIA. ¿Has visto si falta algo? Porque yo estoy tan aturdida que no sé darme cuenta de lo que pasa á mi alrededor.

CESAREO. Todo está perfectamente. Al mirar la mesa me he transportado por un momento á Santander y me ha parecido que atravesaba uno de los más florecientes períodos de mi vida.

EMILIA. ¡Pero á cuánta costa, Cesáreo de mi alma!

CESAREO. Hija, mientras lo ignoren los de fuera...

EMILIA. Sí, porque no es bastante que el corazón nos lo recuerde á gritos. Es nuestra falta más grave de lo que á primera vista parece. Ahora me explico cómo sin darse cuenta de ello, se convierte el hombre bueno en criminal. Tu conducta de anoche me tiene loca: privar á un infeliz de la limosna que le tiende una mano... que no es la tuya...

CESAREO. Por Dios, Emilia: tus palabras envuelven una acusación, cuya sola idea me horroriza.

EMILIA. Y sin embargo...

CESAREO. Calla, calla. Es verdad que la situación me indujo á dar aquel paso por ganar momentos; pero la deuda sagrada que tengo contraída con Rodríguez, quedará hoy satisfecha.

EMILIA. ¿Y cómo? ¿Y con qué?

CESAREO. Vendiendo nuestros cuatro cubiertos de plata en cuanto hayamos concluído.

EMILIA. De verificar una farsa que nuestra conciencia no puede sancionar. ¿Y la deuda del juego?

CESAREO. Es que pronto cambiará nuestra suerte. El señor Valeriano...

EMILIA. Siempre esa esperanza, producto de nuestro egoísmo, por más que la disfracemos con la máscara del amor paterno.

CESAREO. Eso nunca: la felicidad de Isabel...

EMILIA. ¿Por ventura crees tú que es ese el móvil que nos guía? ¿Ha sido ese pobre hombre objeto de la menor atención por nuestra parte? ¿Qué detalle nos hemos permitido con él que demuestre simpatía? Hoy mismo sentamos á la mesa por vanidad á un sujeto absolutamente extraño á nuestras afecciones, mientras le negamos un sitio al que tanto derecho tiene á ocuparlo.

CESAREO. Bien; pero no ignoras la causa.

EMILIA. ¡La causa! Mala es la que defendemos.

CESAREO. Yo opino que con cuatro cubiertos no pueden comer cinco personas. Aun así no tenemos para cambiar. No creas que no pensé en comprar otro: pero hija, con dieciocho duros que te dió el prendero por mi levita y tu vestido, harto hemos hecho con presentar una mesa decente.

## ESCENA II

DICHOS; el SEÑOR VALERIANO, que en vano se esfuerza por reprimir el disgusto de que viene poseído y contesta á grandes pausas.

VALER. Buenos días tengan ustedes.
EMILIA. ¡Felices!
CESAREO. ¡Señor Valeriano! ¿Qué tal, ya se descansó?
VALER. Sí, señor.
EMILIA. ¿Le gustó á usted la ópera?
VALER. Sí, señora.
CESAREO. ¡Qué Mefistófeles tan admirable! ¿Eh?
VALER. Sí, señor.
CESAREO. ¿Qué tiene usted?
VALER. Nada.
EMILIA. Parece que trae usted mal humor.
VALER. No, señora.
CESAREO. (Aparte á Emilia.) (¿Sabrá lo del convite?)
EMILIA. (Aparte á Cesáreo.) Puede que se haya resentido.
CESAREO. Pero hombre, ¿qué le pasa á usted?
VALER. No haga usted caso: son cosas mías. El Guadarrama que no me prueba.
EMILIA. ¿Quiere usted que se le haga algo?
VALER. Sí, señora.
CESAREO. ¿Una taza de te?
VALER. No, señor, no. Permitirme hablar un momento á solas con Isabel, si no se oponen ustedes.
EMILIA. Voy á llamarla al momento. (¡Es extraña su reserva!)

## ESCENA III

DICHOS menos EMILIA

CESAREO. Pero señor Valeriano, con franqueza, ¿tiene usted algún resentimiento con nosotros?
VALER. ¿Me han hecho ustedes algo malo?
CESAREO. Que yo sepa, no...

VALER. Entonces...

CESAREO. Es que le veo á usted como receloso y reservado.

VALER. Aprensión, hombre, aprensión.

CESAREO. Con todo...

VALER. Mire usted, aquí viene su hija, y como ya he dicho, quisiera hablarla á solas.

CESAREO. Ya me voy.

VALER. Creo que confiará usted en mi honradez.

CESAREO. Y en mi hija. (No acierto á comprender...) (Vase.)

## ESCENA IV

ISABEL y el SEÑOR VALERIANO

ISABEL. Dice mamá, que desea usted hablar conmigo.

VALER. Sí, señorita Isabel: pero hágame usted el favor de sentarse, porque voy á ser un poco largo. (Se sientan.)

ISABEL. Cuando usted guste.

VALER. Anoche, su papá de usted, sin calcular todo lo feliz que me hacían sus palabras, me dijo que estaba usted dispuesta á llamarse mi esposa.

ISABEL. Es la verdad.

VALER. Si usted, siendo más niña, ha tenido afán por algún juguete, y ha pasado día tras día soñando despierta en él, y solicitado su posesión en cambio del mayor sacrificio, comprenderá la dicha que se experimenta al tenerlo junto á sí, acariciarlo y convencerse de una vez de que aquello es suyo. Unicamente de este modo puedo explicar á usted lo que yo sentí al lograr lo que tenía por imposible.

ISABEL. ¡Gracias!

VALER. ¡Ah! No me lo agradezca usted, porque no es oro todo lo que reluce.

ISABEL. ¡Cómo!

VALER. Quiero decir, que me he permitido hacer mi composición de lugar. Yo me he dicho: «Poco á poco, Valeriano; tú, al casarte, te impones la obligación de hacer

feliz á tu mujer, y su felicidad no ha de consistir sólo en que la quieras mucho, y la guardes todo género de consideraciones; es preciso también que calcules si sus gustos, su educación, sus inclinaciones y sus costubres, están en relación con las tuyas.»

ISABEL. (Confundida.) Pero no alcanzo...

VALER. Sí, señorita; yo he visto que usted ha nacido en otra esfera, y que por consiguiente, su posición reclama una manera de vivir diferente de la mía.

ISABEL. (Este hombre parece que lee en mi alma.)

VALER. Hay ciertos perfiles que yo, pobre palurdo, no poseo, y que sin embargo, para usted son la vida entera. Si mañana, unidos ya con esos lazos que no se rompen sino con la muerte, empezará usted á ver que mi conversación era ruda; que mi trato carecía de atractivo, y que mis maneras se despegaban de mi traje, ¿no encuentra usted posible que la indiferencia sustituyese al cariño, y ó fuese usted la mujer más desgraciada de la tierra, ó yo el más vilmente engañado de los hombres?

ISABEL (Conmovida.) ¡Basta, basta!

VALER. ¿No es cierto que no sería usted feliz? ¿No es verdad que el matrimonio no puede ser eso?

ISABEL. (Sollozando.) ¡Oh, nunca!

VALER. Pues bien; yo me he hecho todas esas reflexiones, y muchas más; pero como el hombre es débil, y yo la quiero á usted mucho, á mi pesar me he puesto á transigir con mis ideas, tal vez tratando de engañarme á mí mismo. Me he forjado la quimera de que el amor no debe estar basado sino en las buenas condiciones del individuo, y que por lo tanto, las exterioridades de la forma son pequeñeces comparadas con la inmensidad del sentimiento. (Sublimándose instintivamente.) He llegado á presumir que dedicándole á usted el mío, virgen á toda pasión, supliría con el exceso de mi cariño las faltas de una educación que no ha estado en mi mano recibir, y á la que yo procuraría dirigirme con el ejemplo de usted. He soñado un mundo de felicidad

con mi familia, mi trabajo, mi honradez. No tengo á nadie en la tierra; y en mis oraciones se lo he pedido á mi madre con ese santo fervor que me inspira su memoria, y con estas lágrimas que sólo pueden arrancar á mi corazón la idea de un sueño que se desvanece, ó de una felicidad que enloquece, si no mata. (El señor Valeriano se enjuga las lágrimas, é Isabel, que ha ido comprendiendo por las palabras de aquél toda la magnificencia de su corazón, le admira conmovida.)

ISABEL. ¡Ah! Sí, sí, ese es el amor; esa la felicidad.

VALER. Ahora señorita, que ha leído usted en el fondo de mi alma; que me he puesto delante de sus ojos tal cual soy, no me engañe usted ni se engañe á sí misma. ¿Su decisión, es hija del cariño, ó la guía otro móvil?

ISABEL. Señor Valeriano, al hombre que vale lo que usted, no se le debe mentir. Hoy me llamaría su esposa con orgullo, con amor.

VALER. (Ebrio de alegría.) ¡Madre mía!

ISABEL. Ayer... ayer era usted objeto de una vergonzosa especulación.

VALER. ¡Cómo!

ISABEL. Adoro á mis padres hasta el delirio...

VALER. ¿Y bien?...

ISABEL. (Llorando.) Los infelices están sumidos en la más espantosa de las miserias, y obligados por razón de las circunstancias á sostener una falsa posición.—Dígame usted, ¿qué menos puede hacer una buena hija?

VALER. Es verdad.

ISABEL. Ahora, ya oída mi confesión, apréciela usted en lo que crea que valga.

VALER. ¡Ah! Es usted un ángel que me ha procurado la tranquilidad que me faltaba hace dos horas.

ISABEL. ¿Cómo?

VALER. Que cuando esta mañana, palpitando de emoción con el recuerdo de la carta de anoche, he acudido á remediar la suerte de ese pobre padre de cuatro hijos, he descubierto la más negra de las felonías.

ISABEL. ¿Qué?

VALER. Que una limosna que entregué á don Cesáreo para esa desgraciada familia... no ha llegado á su poder.

ISABEL. ¡Padre mío de mi alma!

VALER. Todas las ideas se me agolparon aquí; (Por la frente.) y al acordarme de mi cariño, me juzgué víctima de una infame negociación.

ISABEL. Mi padre es bueno, créalo usted.

VALER. Lo será; pero tiene miedo de manchar la levita confesando su pobreza.

ISABEL. Son deberes que la sociedad impone.

VALER. La sociedad no impone al hombre más deberes que aquellos que no rechace su conciencia. Si es pobre no debe dar convites por vanidad, como el de hoy en esta casa, y en el que no ha habido un asiento para el que querían hacer su hijo.

ISABEL. Ha sido por pura precisión. No tienen más que los cuatro cubiertos indispensables para la mesa.

VALER. Es verdad; ellos no saben que con cariño saben á gloria las patatas comidas con cuchara de palo. (Se oyen voces dentro.) Así las comeremos nosotros, ¿eh?

ISABEL. Con toda mi alma.

VALER. ¡Ah! con mango de brillantes las tendrás. (En un arranque de entusiasmo.)

ISABEL. Alguien viene. Silencio. ¡Por Dios! que ignoren que yo he dicho...

VALER. Bueno. (Es un ángel.) (Mirándola extasiado.)

## ESCENA V

DICHOS; EMILIA y CESÁREO, MANUEL, que oportunamente se quita el sobretodo y queda de levita totalmente abrochada.

EMILIA. Ya creíamos que no venía usted.

MANUEL. Pues hija, mi retraso no llega á un cuarto de hora. (A Isabel.) ¡Hola, nena! ¿Qué tal, señor Valeriano?

VALER. Perfectamente. (Vamos, que me apesta.) (Don Manuel se quita el gabán.)

CESAREO. Amigo mío, ¡se nos viene usted de pontifical! Pues nosotros le recibimos á usted de confianza.

MANUEL. ¡Ah! ¡lo dice usted por la levita! Hombre, la buena forma es el todo.

EMILIA. Sí, pero tan de rigor...

MANUEL. No, le diré á usted; es que en cuanto acabe, tengo que ir á ver al Ministro de Fomento...

CESAREO. ¿Es decir, que ha llegado ya el equipaje?

MANUEL. Sí...

EMILIA. Sea enhorabuena.

MANUEL. No la acepto.

EMILIA. ¿Pues cómo?

MANUEL. Porque no me han llegado más que los baúles con la ropa... ¡La maletita... voló!

CESAREO. Hombre, ¡qué gracia!

EMILIA. ¡Bien!

VALER. (¡No me engañaron! Indudablemente es un bribón.)

MANUEL. Señores, yo me voy sintiendo ya con apetito.

ISABEL. Dentro de unos instantes podremos irnos sentando á la mesa.

MANUEL. Y qué, señor Valeriano, ¿se decide usted á entregarme la carta esa de pedido para agregarla al expediente?

VALER. Sí señor.

MANUEL. ¡Ah! ¿No ha decidido usted nada respecto á las acciones?

VALER. Hombre... hablaremos.

CESAREO. (Aparte á Emilia.) (¿Ves? ya piensa de otro modo.)

EMILIA. (Aparte á Cesáreo.) (Dios quiera que se resuelva.)

VALER. Luego cuando acabe usted de almorzar... ya subiré y...

MANUEL. Lo siento mucho, amigo; pero tengo tanto que hacer, que en cuanto concluya me despido y...

CESAREO. ¡Pero cómo! ¿no volverá usted más tarde?

MANUEL. Me es absolutamente imposible.

EMILIA. ¿Pero ni cinco minutos?

MANUEL. Ni cinco minutos.

EMILIA. (Al señor Valeriano.) Pues arréglenlo ustedes ahora.

VALER. Antes quiero consultar...

MANUEL. Podemos hacer una cosa si ustedes no tienen inconveniente.

EMILIA. ¿Cuál?

MANUEL. Que almuerce con nosotros el señor Valeriano.

EMILIA. / CES. (¡Cómo!)

ISABEL. (¡Dios mío!)

MANUEL. Y así le entero en la mesa...

CESAREO. Pero... puede que... el señor Valeriano haya comido ya...

EMILIA. Es verdad...

VALER. No, aún no.

MANUEL. Pues entonces decidido.

VALER. No, señores, dejen ustedes...

EMILIA. Si se ha de hacer usted violencia...

CESAREO. Con violencia no consiento.

ISABEL. (¡Cómo sufren!)

MANUEL. ¡Qué tontería! Ruéguenselo ustedes y...

EMILIA. Sí, señor Valeriano...

CESAREO. (Instigado por don Manuel.) Ande usted, hombre.

VALER. (Viéndoles ya apurados.) Es que... la verdad... á mí no me gusta comer más que con mi cubierto.

ISABEL. (¡Qué hombre!)

CESAREO. ¡Ah! pues si no es más que eso...

EMILIA. Sí, mandaremos por él. Yo respeto siempre esos caprichos.

MANUEL. ¡Qué aprensión!

CESAREO. (Llamando.) ¡Rosa!

VALER. No, no llame usted. Ahora recuerdo que tengo una cita...

CESAREO. ¿Pero y las acciones?

VALER. (Mirando á Isabel.) Las acciones quedan desde luego por mías.

EMILIA. (Respirando.) ¡Ay!

CESAREO. (¡Por fin!)

VALER. Á condición de que se le adjudique la secretaría á don Cesáreo.

MANUEL. Desde luego.

EMILIA. (¡Gracias á Dios!)

ISABEL. (¡Es mucho corazón el suyo!)

VALER. (Aparte.) Ahora me cercioraré. (Alto.) Supuesto que, según dice usted, (A don Manuel.) hay tantos compromisos, no sería malo que me firmase usted una obligación para no verme mañana en descubierto. (Con mucha intención como inventando un recurso para descubrirle.)

MANUEL. Con mil amores; aquí mismo.

CESAREO. (Aparte á Emilia y la niña.) (¡Ya somos felices!)

EMILIA. (Aparte á Cesáreo é Isabel.) (¡Ya era tiempo!) (Don Manuel se sienta al velador y se pone á escribir sobre un papel de los que allí haya: el señor Valeriano, de pie á su espalda, le está contemplando. Emilia, Isabel y Cesáreo sostienen una satisfactoria conversación al lado opuesto.

VALER. Porque así el señor don Cesáreo asegura su colocación, y yo no pierdo el derecho á mis acciones. (Sacando una carta del bolsillo y compulsando su letra con la de don Manuel.)

MANUEL. Está muy bien entendido.

VALER. (Aparte reconociendo la letra.) (¡No hay duda! ¡Es la misma!) Y luego que... á vida ó á muerte... Porque... no somos eternos...

MANUEL. Justo. (Escribiendo y recitando lo escrito.) De Febrero de mil ochocientos sesenta y siete. (Hablado.) Y la rúbrica. (Rubricando.)

VALER. ¿Por qué no firma usted Barboso y Quirós? (Acabando de convencerse de la verdad.)

TODOS. ¿Qué?

MANUEL. (En su estupor se mete el papel que escribió en el bolsillo de la levita.) ¡Señor Valeriano!

CESAREO. ¿Qué dice usted?

VALER. Que esa letra y la de esa carta son iguales.

MANUEL. (Queriendo aparentar serenidad.) Eso... le probará á usted que su... suspicacia... carece de fundamento... Porque... á ser yo... el autor de su carta de usted... hubiera cuidado mucho de desfigurar... la letra...

CESAREO. Ciertamente.

VALER. Ó no; porque es un medio muy hábil para que no sospechen de usted; y pueda de ese modo engañar con la verdad. Y sobre todo, que desde anoche sus antecedentes me son suficientemente conocidos.

CESAREO. Señor Valeriano, está usted en mi casa, y no espero que se permita ciertas inconveniencias...

MANUEL. Si mis antecedentes no fueran conocidos...

VALER. Pues, ¿por qué si no teme usted nada se mete ese resguardo en el bolsillo? Démele usted, que si es inocente ó no, los tribunales lo dirán.

EMILIA. } ¡Cómo!
ISABEL. }

CESAREO. ¡Basta!

MANUEL. Yo no suelto este papel... precisamente porque usted me lo reclama.

VALER. Entonces no extrañe usted que yo me lo tome. (Va á lanzarse sobre don Manuel, y Cesáreo los detiene.)

CESAREO. ¡Don Manuel es un caballero!

VALER. ¡Don Manuel es un ladrón!

ISABEL. ¡Mamá, mamá! (Amparándose en su madre.)

EMILIA. ¡Hija mía, ven! (Yéndose ambas á un extremo asustadas, y dando ayes.)

CESAREO. ¡Señor Valeriano!

MANUEL. ¿A mí?...—¿Cómo se entiende?

VALER. Yo se le arrancaré.

MANUEL. ¡Basta!

VALER. ¡Ah! ¡Ya es mío!

(El señor Valeriano se ha arrojado sobre don Manuel para arrebatarle el documento; Cesáreo trata de separarlos, y se entabla un pugilato; pero en él lleva el señor Valeriano la mejor parte, y metiendo por fin la mano en el bolsillo de la levita de don Manuel, saca el resguardo envuelto entre el forro del bolsillo del pecho que ha arrancado del tirón, y que no es otro que el que Isabel aparece cosiendo al principio de la obra. Asombro en todos al ver el bolsillo en manos del señor Valeriano, que lo ostenta como presa.)

TODOS. ¡Oh!

CESAREO. ¿Qué veo? (Contemplando á don Manuel, y adivinando su historia.)

EMILIA. (A Cesáreo.) ¡Tu levita!

CESAREO. ¡La que tú vendiste!

MANUEL. Creo que ahora... (Avanzando.)

CESAREO. ¡Basta! (Deteniéndole.) Está usted en mi casa, y le impongo silencio. (Todos oyen con el mayor interés, pintando su sentimiento especial en el rostro.) No más ficciones. Fuera la hipócrita máscara que nos cubre, y con la cual, rindiendo párias al mundo, no hacemos sino caminar al abismo. Señor Valeriano, desista usted para siempre del amor de mi hija; era tan sólo una vergonzosa especulación para salvarme de la miseria. Sí, soy pobre, pobre; pero quiero vivir honrado para mi familia, para mí, para Dios. Yo soy ese infeliz, que sin pan que llevarse á la boca, despreció ayer la limosna que hoy acepta. Amasaré yeso con levita, seré un triste jornalero, pero las gentes sensatas aplaudirán mi conducta: y cuando llegue la noche, habré podido comer unas patatas con honra, y dormiré sobre un felpudo con la conciencia tranquila.

EMILIA. (Abrazándole.) ¡Cesáreo de mi alma!

ISABEL. (Abrazándole.) ¡Padre mío!

VALER. (Que ha estado oyendo con fruición lo que decía Cesáreo.) Así, así le quiero yo. Ya se arreglará todo. Don Manuel, aquella es la puerta. Otro habrá que le delate á usted.

MANUEL. Es que yo...

CESAREO. Muérase usted de vergüenza. (Con el forro en la mano, y cogiéndole la solapa de la levita á don Manuel.) Esto lo he vendido yo, para rendirle á usted culto.

TODOS. ¡Oh!

VALER. (A Cesáreo.) ¡Qué cerca ha estado usted de que le tocaran la tercera parte del bolero!...

FIN DE LA COMEDIA

Doy las más expresivas gracias al señor Serra por su dictámen sobre mi obra, que respeto en todo lo que vale cuanto de su talento procede; pero como el egoísmo preside nuestras acciones, no puedo sentir, si no alegrarme, de que el público no haya opinado como él, por cuanto en el final precisamente, fuí llamado tres veces á la escena con los actores que, dicho sea de paso, estuvieron inimitables.

Acaso sea la única vez que, literariamente hablando, se haya equivocado el señor Serra, que cuenta sus obras por sus triunfos; pero esto no prueba más, sino que

*Alicuando bonus dormitat Homerus.*

*Examinada esta comedia, (muy bonita, corrigiendo el final, que es malo), no hallo inconveniente en que su representación se autorice.*

*Madrid, 26 de Febrero de 1868.*

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

## OBRAS DE DON ENRIQUE GASPAR

---

Corregir al que yerra, comedia en un acto, original y en verso.
El onceno, no estorbar, comedia en un acto, original y en verso.
La escala del matrimonio, comedia en tres actos, original y en verso.
Candidito, (Tercera edición), comedia en un acto y en verso.
No lo quiero saber, (Segunda edición), comedia en un acto y en verso.
¡Pobres mujeres! (Quinta edición), comedia en un acto, original y en verso
El piano parlante, comedia en tres actos, original y en verso.
El sueño de un soltero, comedia en un acto, original y en verso.
Moneda corriente, comedia en tres actos, original y en verso.
Cuestión de forma, comedia en tres actos, original y en verso.
El jugador de manos, comedia en tres actos, arreglada del francés.
Las circunstancias, comedia en tres actos y en prosa, original.
La chismosa, comedia en tres actos, original y en verso.
La levita, (Cuarta edición), comedia en tres actos, en prosa, original.
Don Ramón y el señor Ramón, comedia en tres actos, en prosa, original.
La Can-canomanía, sátira en un acto.
Los niños grandes, comedia en tres actos, en prosa, original.
El estómago, comedia en tres actos, en prosa, original.
Atila, drama en tres actos, en verso, original.
El oso proscripto, comedia en tres actos, en prosa, original.
La Nodriza, comedia en dos actos, en prosa, original.
Las sábanas del cura, boceto en un acto, en prosa, original.
La resurrección de Lázaro, juguete cómico en dos actos, y en prosa.
Administración pública, boceto en tres actos y en verso.
Problema, comedia en tres actos, en prosa.

Amor y arte, drama en tres actos, en prosa.
La lengua, comedia en tres actos, en prosa.
La gran comedia, comedia en tres actos, y en prosa.
Las luchadoras, buñuelo en un acto, y en prosa, arreglado del francés.
Lola, comedia en tres actos y en prosa.
Las personas decentes, comedia original en tres actos y en prosa.
Serafina la devota, comedia en cuatro actos, y en prosa, arreglada del francés.
La estatua ecuestre, boceto en un acto y en verso.
Mar y cielo tragedia en tres actos, traducida del catalán.
El haba de san Ignacio, comedia en tres actos y en prosa.
Judit de Welp, tragedia en tres actos, traducida del catalán.
La huelga de hijos, comedia en tres actos y en prosa, original.
La casa de baños, comedia en dos actos y en prosa, original.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

## FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

# PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.